Julio Albi de la Cuesta

# MOROS

## ESPAÑA CONTRA LOS PIRATAS MUSULMANES DE FILIPINAS (1574-1896)

DESPERTA FERRO
EDICIONES

# MOROS

# MOROS

## España contra los piratas musulmanes de Filipinas (1574-1896)

Julio Albi de la Cuesta

DESPERTA FERRO
EDICIONES

Moros
Albi de la Cuesta, Julio
Moros / Albi de la Cuesta, Julio
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2022 – 768 p., 24 p. de lám. il; 23,5 cm – (Historia de España) – 1.ª ed.
D.L: M-708-2022
ISBN: 978-84-123239-6-2
94(599)
355.48 (460:599)

**MOROS**
***España contra los piratas musulmanes de Filipinas (1574-1896)***
**Julio Albi de la Cuesta**

© de esta edición:
*Moros*
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-123239-6-2
D.L.: M-708-2022

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro
Revisión técnica: Javier Gómez Valero
Cartografía: Desperta Ferro/Carlos de la Rocha
Dibujos de final de capítulo y colofón: A. L. Kroeber, *Peoples of the Philippines*,
American Museum of Natural History, New York, Lancaster Press, 1928.

Primera edición: febrero 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2022 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Para Malú,
por su santa paciencia.

# ÍNDICE

Prólogo del autor ..... IX

**1** El «tercero y nuevo Mundo» ..... 1
**2** El Ejército de Filipinas (I) ..... 49
**3** El Ejército de Filipinas (II) ..... 105
**4** La Marina ..... 139
**5** Moros ..... 175
**6** Los piratas ..... 217
**7** Fulgor de Corcuera, finales del siglo XVI - primer tercio del XVII ..... 251
**8** A la defensiva, 1644-1799 ..... 299
**9** «Esa indestructible piratería», primera mitad del siglo XIX (I) ..... 353
**10** Cambio de estrategia, primera mitad del siglo XIX (II) ..... 389
**11** Por tierra y mar, 1852-1873 ..... 429
**12** Las grandes expediciones (I), 1874-1882 ..... 473
**13** Las grandes expediciones (II), 1883-1888 ..... 513
**14** Las grandes expediciones (III), 1888-1893 ..... 557
**15** La última cotta. Las grandes expediciones (IV) ..... 599

Epílogo ..... 649
Apéndice I. Las enfermedades ..... 665
Apéndice II. Uniformes del ejército ..... 673
Apéndice III. Motines y sublevaciones ..... 693

Bibliografía ..... 709
Índice analítico ..... 735

# PRÓLOGO

Parece inexcusable indicar al posible lector, desde estas primeras líneas, el objeto del libro que tiene entre las manos. Se trata, lo reconozco, de un tema casi totalmente desconocido: la ardua lucha de más de tres siglos que mantuvieron el Ejército y la Armada de España contra unos enemigos audaces e irreductibles, los moros de Filipinas, concentrados, principalmente, en las islas de Mindanao y de Joló. Fue una guerra despiadada, durante la cual, hasta sus últimas etapas, ni se concedía ni se recibía cuartel. El escenario fueron mares inclementes y traidores, sembrados de arrecifes coralinos y de bancos de arena, en los que la simple navegación ya constituía una hazaña, más aún cuando estaban infestados de embarcaciones hostiles, cargadas de tripulaciones dispuestas, en caso preciso, a luchar hasta la muerte. Se combatió también en junglas impenetrables, bajo un sol abrasador, alfombradas de trampas y ricas en enfermedades letales, que diezmaban a las tropas con más saña que los krises y las balas. Normalmente, el colofón de los enfrentamientos era el ataque a cottas o fuertes, erizadas de lantacas y de fanáticos defensores, casi invulnerables a la artillería, con el asalto a pecho descubierto como única táctica posible, trepando por escalas o agarrándose a las anfractuosidades, bajo una lluvia de proyectiles, para llegar al ansiado y temible cuerpo a cuerpo.

La sublevación tagala en Luzón, seguida por la invasión del archipiélago por parte de Estados Unidos, puso abrupto fin a aquella secular contienda, cuando el triunfo estaba ya al alcance de las manos. Ni españoles ni moros, como dignos enemigos, realmente llegaron a envainar las espadas. Los primeros acudieron a blandirlas contra los alzados y los agresores; los segundos, curiosamente, harían lo mismo contra

estos poco después; sería entonces el turno de los norteamericanos de conocer el filo de los campilanes y los ataques suicidas de los juramentados. Así, inconciliables enemigos llegaron a compartir rival, aunque en tiempos distintos. Fue un broche paradójico, pero, de alguna manera, apropiado a tan larga y empeñada lid.

Me he decidido a escribir su historia impelido por mi atracción por las tierras remotas, las causas perdidas y los ejércitos malditos, y soy culpable de algún libro que lo prueba. Resultaba inevitable, pues, que me interesaran las islas Filipinas, el más lejano de los dominios españoles.

Cuando, en 1985, publiqué con Leopoldo Stampa *Campañas de la Caballería Española en el siglo XIX*, que incluía un capítulo acerca de esa Arma en el archipiélago, insistí para que se reprodujera una lámina del *Álbum de la Infantería y Caballería española (sic) del Ejército de Filipinas*, de 1865, que había contemplado y admirado en una biblioteca militar.

Por eso, en 1992, preparando con Stampa y con Juan Silvela la edición de *Un eco de clarines*, que también aludía a la Caballería en Filipinas, y recordando el *Álbum*, pretendí incluir nuevas ilustraciones extraídas del mismo. Recuerdo mi consternación cuando uno de mis colaboradores, el entonces teniente coronel Aurelio Valdés, me informó, muy compungido, de que una de las dos láminas que deseaba, la de un batidor, había desaparecido. Gracias a su enorme eficacia se pudo resolver el problema, partiendo de una fotografía, creo, pero, aun así, en la página 275 de esa obra se puede ver claramente la diferencia entre la que se tomó del original y el relativamente desvaído batidor.

La desagradable experiencia me llevó, al año siguiente, a encargar –yo era entonces director general en el Ministerio de Defensa, regido por un ilustrado, Julián García Vargas– a Jesús María Alía un libro que, con el título de *El Ejército Español en Filipinas, el periodo romántico*, elaborado en torno al citado *Álbum*, para poner al alcance del público una buena reproducción de aquel, por si en el futuro se producían nuevas desapariciones. Incluso, si no me equivoco, hice alguna pequeña aportación personal a la obra.

Todo ello demuestra que, desde hace casi treinta años, me ha interesado el apartado archipiélago, tan minuciosamente olvidado por España, siempre propensa a la amnesia histórica, y que apenas recuerda nada de una presencia que duró más de tres siglos.

Bien es verdad que las Filipinas eran no solo el territorio más distante de la metrópoli, sino también el más distinto.

Porque todo era, en efecto, diferente a las otras grandes posesiones ultramarinas, las Indias. Los más de 11 000 kilómetros de «la navegación más larga y terrible del mundo», que la apertura del canal de Suez alivió solo relativamente, justifican estas profundas diferencias, que se extendieron a diversos ámbitos. Siempre fueron escasos los españoles que se mostraron dispuestos a arrostrar los riesgos del peligroso viaje, más aún porque ese «nuevo mundo» no ofrecía el irresistible imán del oro y de la plata, y las enfermedades que proliferaban en las islas se encargaban de diezmarlos a un ritmo pavoroso. Por si eso no bastara, la mayoría de ellos mostró nula disposición a afincarse allí de manera definitiva; la ambición máxima era labrarse un peculio, o cumplir el mínimo periodo de estancia reglamentaria, para regresar en cuanto fuera posible a Europa. El comentario de que solo estaban «como de paso», puebla los escritos, desde la Conquista al 98.

Las consecuencias de ello fueron múltiples. Sin pretensión alguna de hacer una relación exhaustiva, se podría aludir, por ejemplo, a la casi total ausencia de un mestizaje con los autóctonos que, sin embargo, fue una seña de identidad en la América de la Monarquía Hispánica. Curiosamente, ese pequeño grupo fue visto por tirios y troyanos con una desconfianza que contrastaba con la valoración que se hacía del formado por el cruce de chinos y de naturales, mucho más numeroso.

La falta de europeos se reflejó, asimismo, en una raquítica administración, con una mínima implantación y que ignoraba las múltiples lenguas locales. El corolario sería la existencia de un enorme vacío entre el indígena y el funcionariado de Manila, que nada conocía del país y que, en muchas ocasiones, había sido enviado allí como castigo –por algo se dijo que aquellas islas eran «las galeras de España»–.

Serían las órdenes regulares quienes lo llenarían, porque se encontraba a sus miembros en los más mínimos pueblos; porque, a diferencia de los seglares, acostumbraban a pasar en Filipinas toda su vida, lo que les permitía conocer bien el medio, y porque sabían los idiomas que en ellas se hablaban. Así, los frailes pasaron a suplir las carencias del Estado, asumiendo, junto con sus tradicionales funciones como la evangelización y la educación, muchas otras que nada tenían que ver con la vocación original. De hecho, se convirtieron en agentes de la autoridad civil y en correa de transmisión entre los habitantes y el palacio de gobierno. Ello les dio un exorbitante poder, sin parangón con el que tuvieron en América, que, a su vez, degeneró en casos de abusos.

Fue también la carestía de peninsulares la que obligó, desde el primer momento, a acudir a Nueva España para guarnecer el archipié-

lago. Las poco atractivas condiciones de vida en este harían que nunca se reuniese el suficiente número de voluntarios para servir allí, lo que obligó a alistar a la hez del virreinato para disponer de una mínima fuerza militar. La independencia de México puso fin al sistema, pero la metrópoli se reveló incapaz de mantener en Filipinas un contingente significativo de hombres.

Así pues, ya desde la Conquista hubo que recurrir al alistamiento de la población local, que hasta 1895 no dejó de constituir la gran mayoría del Ejército de Filipinas y que, debido a las particularidades de la estructura demográfica de las islas, se aproximaba más a las tropas coloniales de otras potencias europeas que al modelo establecido por España en las Indias. Su desarrollo fue complejo y accidentado y, además, estuvo sometido, en especial durante los últimos sesenta años, a una sucesión interminable de reformas. Habida cuenta de su dependencia del reclutamiento local y de unos reducidos cuadros españoles, que no conocían la lengua de la tropa, resultó un instrumento de sorprendente eficacia.

Pese a que las Filipinas se hallaban constituidas por cientos de islas, muchas de ellas habitadas por enemigos, y que, como se verá, el mayor peligro provenía del mar, la Armada Real no estuvo presente en sus aguas hasta bien avanzado el siglo XIX. Mientras, se recurrió a expedientes improvisados, como la Marina Sutil, objeto de tantas críticas pero que, al menos, sirvió, en cierta medida, para limitar daños. Decenios de estériles discusiones acerca del tipo de embarcación más apto para enfrentarse al adversario se cerraron, por fin, con la aparición del «buque de fuego», el cañonero, que confirió la supremacía naval imprescindible para empezar a establecer un dominio efectivo del archipiélago y amparar a sus pobladores.

Un ejército y una marina que debieron enfrentarse a quienes, quizá, fueron los adversarios más empedernidos que tuvo España durante su larga aventura ultramarina, los llamados moros, a los que ya se ha aludido.

Constituían estos mahometanos un mundo aparte, articulado en torno a una concepción algo borrosa del islam, pero con la fuerza suficiente como para generar un universo de valores que lo distanciaba de los existentes en el resto de las Filipinas e incluso en el interior de las mismas islas que habitaban, ocupado por tribus animistas.

Se estructuraban en una sociedad piramidal, una especie de feudalismo imperfecto, pero sorprendentemente fluida para aquellos tiempos, que permitía acceder desde los escalones más bajos a los más elevados. Los españoles, y luego los norteamericanos, vieron en ese abi-

garrado grupo una permanente amenaza, pero más que por motivos religiosos –pronto hubo que resignarse a la idea de que el proselitismo cristiano no fructificaba en aquellas tierras–, porque el esclavismo formaba parte de su esencia.

Los moros, en efecto, dependían de los cautivos para sobrevivir. Eran estos los que cultivaban los campos, los que cosechaban desde el balate hasta las aletas de tiburón, tan apreciadas por los chinos, y que países como Gran Bretaña buscaban para trocarlas por el ansiado té, y completar el pago que hacían en otros productos como, de manera señalada, el opio. La tragedia era que la fuente más copiosa y más cercana de esa mano de obra gratuita, arrancada de sus hogares por la violencia, eran el resto de las Filipinas, objeto, desde antes de la llegada de los conquistadores, de asoladoras incursiones que se prolongaron durante siglos.

Emprendidas por naves tan ligeras que parecían volar sobre el agua, y de un escaso calado que les permitía navegar sobre las barreras de coral, tripuladas por avezados marineros y guerreros intrépidos, maestros en el uso del campilán, supusieron una pesadilla, que se cobró decenas de miles de víctimas y que puso en jaque a las autoridades, incapaces de poner coto a ese despiadado azote. Las incesantes armadillas dejaban tras de sí un rastro de pueblos incendiados, de familias desgarradas, de cosechas arruinadas, antes de poner rumbo de regreso a la base de partida cargadas hasta los topes de presas humanas.

En puridad, se trataba más de cacerías de hombres y mujeres que de verdaderas expediciones de piratas, pero esta palabra, tan poco precisa como «moros», haría fortuna y no dejó nunca de emplearse para calificar aquellas razias.

No deja de ser interesante que la primera fase de la lucha contra aquel flagelo, en el siglo XVII, se tradujera en una serie de éxitos que no se reproducirían hasta el último medio siglo de la presencia de España en Filipinas. Fueron producto de la energía y la acometividad de personajes como Sebastián Hurtado de Corcuera, curtidos veteranos que no conocían obstáculos y que coronaron en esos apartados parajes arriscadas empresas dignas de los tercios de Flandes. Son mencionables en especial los furibundos asaltos a las cottas o fortalezas de los moros, formidables reductos agriamente defendidos, y que solo cedían ante una infantería que no pensaba sino en plantar sus banderas desgarradas en lo alto de los muros, a cualquier coste.

Por desgracia, la amenaza de invasión por una innumerable flota de juncos chinos obligó a abandonar los puestos avanzados, ganados

con tanta sangre, para replegarse sobre Manila y dejar así el campo libre a los enemigos.

Comenzó entonces una larga época aciaga, durante la cual tsunamis periódicos de barcos piratas se cebaron como una plaga bíblica sobre las Filipinas, quemando, arrasando y esclavizando por doquier. Ante la mortal marea, la Sutil y los barcos armados por las provincias quedaron desbordados. Al tiempo, las costas se erizaron de fuertes más o menos improvisados, muchos a las órdenes de frailes trabucaires, donde se apiñaban los acosados habitantes. Algunos ofrecieron desesperadas resistencias a ultranza, mientras en el mar surgieron figuras como Pedro Esteban, que entrarán en la leyenda entre el fragor de osados abordajes. Un periodo de eclipse, durante el cual no se aspiraba más que a sobrevivir.

En el siglo XIX, en cambio, empezó a atisbarse un cambio de rumbo, cuando la llegada de los primeros vapores permitió montar sonadas operaciones ofensivas, como el ataque a Balanguingui, preludio de otras muchas, y que permitieron avizorar una era de esperanzas.

La entrada en servicio de los cañoneros lo confirmó. El combate de Pagalungán, en el que uno de esos buques embistió frontalmente contra una cotta, puede servir de ejemplo de la etapa que se abría. Marinos como Cervera, Méndez Núñez o Montojo ganaron allí sus entorchados, mientras que Malcampo, calmosamente, encendió un cigarro para que la salida del humo le indicara la gravedad de la tremenda herida que acababa de recibir en el pecho. Unos enfrentamientos de nuevo cuño, que anunciaban el crepúsculo de las incursiones piráticas.

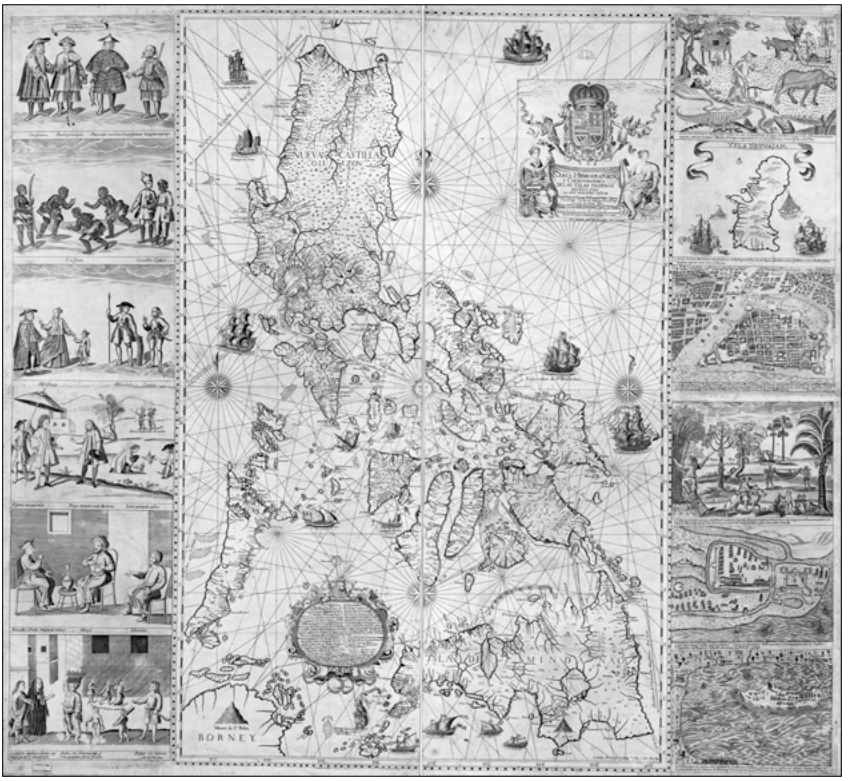
Nombres propios como Malcampo, de nuevo, Terrero, Arolas, Weyler y Blanco organizaron expediciones cada vez más ambiciosas, que erosionaron sin cesar el poder de las sultanías moras, impotentes para hacer frente a la letal combinación de los modernos barcos y de las armas rayadas. La última y desesperada carta que jugaron fue la aterradora figura del juramentado, consagrado a matar y a morir, con la promesa de entrar como mártir en el Paraíso, sobre el caracoleo de una yegua blanca.

Pese a todo, el punto álgido de la multisecular guerra llegaría cuando, a los compases de la Marcha Real, vapores surcaron majestuosamente la laguna de Lanao, último reducto de los mahometanos. Los buques habían sido llevados hasta allí en piezas y a hombros de soldados, por estrechos senderos tallados a machete entre la jungla hostil. Su presencia en aquellas aguas profetizaba la inevitable victoria.

Pero estalló la sublevación en la isla de Luzón y urgía concentrar en ella las unidades desplegadas en Joló y Mindanao. El triunfo sobre los moros, al alcance de la mano, se escabulló el 1 de mayo de 1898, ahuyentado por los cañones de Dewey en la batalla naval de Cavite.

Solo unas líneas para indicar que, en general, a lo largo de toda la obra he procurado ceñirme a los conocimientos que los españoles de la época tenían del abigarrado mundo de los moros, no los que dicta la ciencia moderna, y que he empleado los términos que utilizaban para designar tanto a personas como a lugares. Se dice así, por ejemplo, Joló, y no Sulu, y se designa a los habitantes mahometanos de la isla como joloes o joloanos, no como tausug. Estimo que siglos de uso justifican esta elección y hace más legible un texto de por sí trufado de términos exóticos.

Una vez más, tengo que agradecer al teniente coronel Agustín Pacheco, del Archivo General Militar de Madrid, su incansable amabilidad; Francisco Javier Suárez de Vega siguió por Filipinas y Estados Unidos el elusivo rastro de Manuel Sityar e hizo suya mi obsesión por el extraordinario personaje. Por fin, gracias a Javier Gómez, el primero en leer este manuscrito y en creer en él, quizá más que su autor, a lo largo de meses de la despiadada pandemia.




«A inmensa distancia de Europa».

Alexandre Moreau de Jonnès, *Estadística de España*, Barcelona, 1835.

# 1

# EL «TERCERO Y NUEVO MUNDO»

Desde un principio, Filipinas fue algo especial en el conjunto de los dominios de la Monarquía Hispánica. Nada tiene de extraño, pues, que en obras dedicadas al archipiélago se haya recurrido a términos como «peculiar» o «particular» para describirlo.

Su propia incorporación a la Corona fue singular, y estuvo acompañada de polémica. Se sitúa en el contexto de la frenética búsqueda por los dos reinos ibéricos de la ruta de Especiería, el camino que llevaba a las soñadas tierras del clavo, la nuez moscada y la pimienta. El Tratado de Tordesillas, de 7 de junio de 1494, no significó «la división del mundo como una naranja», en contra de lo que diría Alonso Zuazo a Carlos V en 1518, sino que había tenido un carácter «estrictamente indiano»,[1] por lo que no marcaba límites en el ámbito asiático. Era, sin embargo, el único acuerdo internacional disponible, por lo que serviría de base al agrio enfrentamiento que se abrió entre España y Portugal sobre los respectivos derechos de ambos países al Maluco –las Molucas–, epicentro productor de las preciadas plantas.

Se llegaría a una solución aparente el 22 de marzo de 1529, cuando por un acuerdo suscrito en Zaragoza, el emperador cedió, por 350 000 ducados, sus eventuales derechos sobre dichas islas. Ello no significó, sin embargo, que se renunciara a las especias.

**Página anterior.** *Carta Hydrographica y Chorographica de las Yslas Filipinas Dedicada al Rey Nuestro Señor por el Mariscal d. Campo D. Fernando Valdes Tamon Cavallº del Orden de Santiago de Govor. Y Capn*, elaborada por el padre jesuita Pedro Murillo Velarde, Manila, 1734. Library of Congress, Wikimedia Commons.

Sería Felipe II quien diera un nuevo impulso al proyecto. Tras varios fracasos, Ruy López de Villalobos conseguiría alcanzar el archipiélago de San Lázaro, que en 1542 rebautizó como Filipinas. No obstante, le resultó imposible encontrar la ruta de regreso a América. Los maltrechos restos de sus diezmadas tripulaciones no llegarían a España hasta 1547, tras haberse puesto en manos de los portugueses, y a través de la vía del cabo de Buena Esperanza, monopolizada por ellos. Habrá que esperar a la expedición de Legazpi para que el fascinante personaje que fue Andrés de Urdaneta descubriera el ansiado tornaviaje, vital para un sólido establecimiento castellano en aquellas islas.

Pronto se descubrió, sin embargo, que en estas no crecían, a todos los efectos prácticos, las ambicionadas especias –excepto en la siempre difícil Mindanao–, y que, a diferencia de las Indias, carecían, en cantidades importantes, de los no menos valiosos metales preciosos. Hubo, pues, y parafraseando a María Dolores Elizalde[2] que «repensar Filipinas» y buscarles una nueva finalidad. No habiendo sido una meta en sí mismas, sino un hallazgo casual, durante muchos años se les consideraría como un punto de partida para ir más allá,[3] el obsesivo *plus ultra* que campeaba en las armas reales. De ahí, aventuras como las de Borneo o las de Siam y Camboya.

Asimismo, y, sobre todo, el sueño de la conquista de China,[4] apoyado tanto en la ignorancia –se llegó a pensar que era un archipiélago– como en la ilimitada confianza en sus capacidades que tenían los españoles de la época. El gobernador Francisco de Sande escribiría a Felipe II, el 7 de junio de 1576,[5] que para tal empresa bastarían entre cuatro mil y seis mil hombres, «con los navíos, artillería y municiones necesarias». Lo afirmaba por la reciente experiencia con el pirata Li Ma Hong, que había demostrado, a sus ojos, que aquella «no es gente de guerra», sino «cobarde». Como manejaba mal los arcabuces, cuyo uso habían introducido los lusitanos, los tenían en poco, y se admiraban de que con ellos los hispanos pudieran abatir a una gallina a distancia. Mostraban, por el contrario, gran respeto a la piquería. Se alardeaba Sande de que cincuenta castellanos habían bastado para derrotar a quinientos o seiscientos chinos, y no dudaba de que habría sucedido lo mismo si hubiesen sido tres veces más numerosos.

Con esta perspectiva, resulta comprensible que considerara asequible la disparatada empresa. Aunque ofrecía una alternativa, si parecía demasiado arriesgada: dos mil o tres mil soldados serían suficientes para «tomar la provincia» que contentare por sus condiciones, entre ellas la bondad de sus puertos, y establecerse allí.

Por fortuna, el Rey Prudente desechó estas y otras propuestas similares que se le formularon, además, en el ominoso año de 1588, cuando la Empresa de Inglaterra.

Descartado el papel de Filipinas como trampolín para más altos destinos, quedaron en una situación relativamente ambigua, casi como un dominio con el que no se sabía bien qué hacer. Fueron, pues, desde un principio, una decepción, lo que explica que hasta mediados del siglo XIX no faltaran los proyectos –de los cuales, el de Leopoldo I de Bélgica sería, quizá, el más curioso–,[6] incluso desde la misma Corona, para desprenderse de un territorio tan alejado y tan excéntrico a una monarquía que, ya de por sí, se caracterizaba por su enorme dispersión entre tres continentes, a los que ahora se añadía un cuarto. Resultaba, además, y lo sería durante los siguientes siglos, deficitario, lo que complicaba su conservación. Sainte-Croix, en 1810, no sería el único que se preguntaba «¿por qué conservar un país que cuesta tanto?».[7]

Solo el afán evangelizador de los Austrias impediría el abandono en un primer momento, y no sin grandes dudas. Se ha alegado, también, que la penetración holandesa y británica en aquellas aguas confirió al archipiélago un papel protector de la retaguardia de América, afirmación discutible, porque con los medios de la época se antoja muy problemático lanzar desde lo que era entonces un frágil punto de partida, y a través de mares difíciles y tempestuosos, una fuerza lo suficientemente poderosa como para establecer siquiera una cabeza de puente en el virreinato novohispano.

Junto con lo indefinido de su engarce en la Monarquía Hispánica, Filipinas reunía otras dos características que le darían un perfil único, que mantendría hasta el final, marcando con un sello particular la presencia española allí. Se trata de su situación geográfica y de su clima. No en balde, el preámbulo a la real orden de 18 de enero de 1889,[8] que introducía una serie de reformas, aludía expresamente a «la distancia y el clima», para justificar «las grandes diferencias» entre las islas y la metrópoli.

Sus más de 7000 islas, diseminadas en 300 000 kilómetros cuadrados, un formidable obstáculo a cualquier empeño conquistador y «civilizador», se hallaban a 24 000 kilómetros de la Península por la vía más usual, de Manila a Acapulco; de allí Veracruz, y desde ese punto a un puerto español. La apertura del canal de Suez reduciría el recorrido a 15 000, mientras que la introducción de los vapores haría más breve la larga navegación, pero a partir de fecha tan avanzada como 1869, demasiado tarde para alterar sustancialmente el modelo establecido.

## SOLO LOS ÁNGELES

Antonio de Morga[9] ha descrito lo que suponían esos viajes a finales del siglo XVI y principios del XVII. De América a Asia, la travesía era «buena, y, lo más ordinario, sin contrastes, haciéndose a su tiempo», es decir, en febrero o, como mucho, antes del 20 de marzo, y duraba poco menos de tres meses, justamente lo que necesitó Miguel Jaque de los Ríos en 1595 para ir a «aquel tercero y nuevo Mundo».[10] En cambio, en sentido contrario, había «muchas dificultades y riesgos, por ser larga la navegación, y de muchas tormentas y temples diferentes». Requería, como mínimo, cinco meses, y había que emprenderla del 20 de junio en adelante.

Una alternativa era ir por la ruta del cabo de Buena Esperanza, pero, además de resultar «larga y trabajosa», «estos viajes no son practicados por los castellanos y les están prohibidos», al estar reservados a los portugueses, como ya se ha dicho.

Naturalmente, si el punto de salida o de destino era la península ibérica, y no las Indias, aumentaban los peligros, las distancias y los tiempos, exigiendo al menos un año para completar el periplo, porque se añadían varios factores adicionales: el inhóspito y malsano camino de Acapulco a Veracruz, a lomos de renqueantes mulas; el cruce del Atlántico y la inevitable espera en uno u otro lado del Pacífico hasta que llegara la estación favorable para el embarque, regulada por el régimen de los monzones. Teniendo en cuenta todos estos factores, podían transcurrir dos o tres años entre que se hacía una consulta al rey desde Manila y llegaba la decisión de este,[11] con las «fricciones» que ello generaba.[12]

Esta enorme limitación duraría siglos. Las noticias del alzamiento del 2 de Mayo no se supieron en Filipinas hasta febrero del año siguiente, y solo se conoció en julio de 1810 la firma de la alianza hispanobritánica suscrita en enero de 1809.[13] Poco después, se calculaba que transcurrirían dos años entre que se convocaran Cortes en Cádiz y pudieran llegar los diputados del archipiélago.[14] Como se verá más adelante, ello serviría como pretexto para cercenar la representación filipina en el Congreso y para justificar un régimen de leyes especiales.[15]

Tales plazos y tales lejanías tenían un evidente coste político y económico, pero también personal. Así, al gobernador marqués de Ovando le nació un hijo en alta mar, durante su viaje de incorporación, en 1750. En el de regreso, en 1755, tuvo otro, que falleció al poco, y él mismo murió antes de tocar tierra. Por cierto, había formulado en mayo de 1751

su petición de relevo; fue aceptada en noviembre del año siguiente, pero hasta julio de 1754 no recibió la orden correspondiente.[16]

Para formarse una idea de lo que eran aquellas travesías de una ribera a otra del despiadado Pacífico, nada mejor que acudir a algunos testimonios.

Pedro Fernández de Quirós, en uno de sus viajes a Nueva España, en 1605-1606,[17] habla de una tempestad tan recia que sembró el pánico a bordo: «unos se confiesan luego; otros piden perdón y perdonan, se abrazan y despiden; unos gimen y otros lloran, y muchos por los rincones esperando a la muerte», impotentes ante los elementos desencadenados, que parten el trinquete, mientras que «la caña, del timón, por quedar a su albedrío, daba a una y otra banda tan fuertes golpes, que el menor daño temido era hacerse toda rajas y quedar la nao sin gobierno».

Tuvo que soportar diluvios, que empapaban a los hombres, obligados a vivir durante semanas con las ropas húmedas, pero que tenían sus ventajas: «los aguaceros, después de Dios, nos dieron las vidas», porque se aprovechaban para tender sábanas sobre cubierta y recoger el agua. Aun así, en la última etapa, se racionó a un cuartillo diario. También escaseaba la comida: se pagaron 2400 reales por una gallina, y se ofrecieron 3200 por otra, «y no la quisieron vender» ni a ese precio.

Pedro Cubero[18] sufrió la ardua navegación a Acapulco en los años 70 del siglo XVII, no sin antes experimentar en Manila un terremoto «de los más horribles que he visto en Asia, aunque he visto muchos; parecía que la tierra se quería tragar a la ciudad». Se salvó, pero para enfrascarse en una «navegación tan penosa y dilatada que solo los ángeles la pueden hacer; siete meses sin ver otra cosa que cielo y agua». Incluyeron «un furioso baguío deshecho, tan formidable que cada ola que daba al costado de la nave parecía una pieza de artillería; allí no había más remedio que Dios».

Duró ochenta horas, y a su término, «quedaron todos los de la nao tan atemorizados que en muchos días andaban temblando como si fueran azogados». En verdad, tenía que ser terrible hallarse en ese buque, «único y solo en el mayor mar del Mundo». La escasez de agua y la «putrefacción de los alimentos» contribuían a desgastar a los hombres.

De ahí que se acogieran con gran alborozo las «señas», los primeros indicios de la proximidad de la costa americana, entre las que Morga menciona la aparición de peces «con el medio cuerpo hechura de perro» –«con cabezas y orejas de perro», para Cubero–, refiriéndose a los lobos marinos o «lobillos». Se comprende que el acontecimiento

se celebrara con una fiesta bufa, parecida a las del paso del Ecuador, y con un tedeum.

Quizá lo más cruel de todo es que, cerca ya del final, menudeaban las muertes de «los tocados del berber, o mal de Luanda, que son los achaques más pestíferos que se dan en aquella navegación», o de la disentería, de la que «raro es el que escapa». Cada día se arrojaban al mar tres o cuatro cuerpos; noventa y dos en dos semanas. De los 400, llegaron 192, muchos de ellos enfermos. Durante la singladura, hasta 200 en total habían sido sangrados por distintas dolencias. No fueron muchas bajas; hubo casos de un 75 % de muertos.

Cerca ya del término del siglo, en 1696, Giovanni Francesco Gemelli[19] también arrostró «la más terrible y larga navegación que hay en el mundo; peligrosísima, siempre con el viento de proa», aderezada con «enfermedades mortales» y «tempestades increíbles», que «bastarían para destrozar un pedazo de hierro, cuanto más a un hombre». Un viaje de siete u ocho meses –doscientos cuatro días y cinco horas, en su caso–, en que «se sufren todos los flagelos que Dios envió al faraón».

Describe una tormenta en la que el buque «era elevado a altísimos montes de agua, y luego precipitado a profundos y espantosos valles», con el pasaje zarandeado «como una pelota». Hubo que recurrir a los bastonazos para que la despavorida marinería atendiera a la maniobra.

Los alimentos pronto fueron asaltados por «infinidad de gorgojos», mientras que durante un tiempo comieron tasajo frito, tan duro que lo golpeaban con un pedazo de madera para ablandarlo. Entre eso, y la falta de productos frescos, era inevitable que, cerca ya de California, se desatara «el berber, que infla todo el cuerpo, y se muere hablando», así como «el mal de Holanda, que pudre las encías y hace caer los dientes y las muelas». Para entonces, se venían sustentando sobre todo con tazas de chocolate, a fin de combatir un frío tal que llevó a los negros a encerrarse en el gallinero que llevaban, y a muchos hombres a negarse a subir a cubierta, ni siquiera para hacer sus necesidades, con lo que reinaba en el barco un hedor nauseabundo, que se añadía a la «sarna, rabiosa y universal», y al agotamiento por las continuas vigilias.

No cabe olvidar, tampoco, el hacinamiento; a principios del mencionado siglo, cinco jesuitas, que ciertamente no ocupaban el último puesto en la escala social que regulaba todo a bordo, compartieron una cabina de 3 metros por 2,40.[20]

El paso del tiempo iría aliviando las penalidades. La ruta de Buena Esperanza, a mediados del siglo XIX, exigía entre tres meses y medio y cinco, sin más peligros, en principio, que la monotonía, el aburrimiento, los chismorreos y los enfrentamientos, que podían ser feroces, entre los hastiados pasajeros.[21]

Suez, y los vapores de la famosa naviera Peninsular y Oriental, permitieron calificar a la travesía de «viaje de recreo», aunque había que convivir con «los tétricos hijos de la nebulosa Albión», que «hablan poco, comen mucho y beben más», y con mujeres británicas. Respecto a ellas, se recomendaba a los españoles que «contengan sus galantes y ardientes impulsos amorosos».[22]

Otra visión menos optimista, si bien admitía que antes del canal el periplo era «incómodo y pesado», señalaba que aún después, «para el viajero que no ha navegado nunca es, positivamente, una prueba durísima», que podía llegar a convertirse en «una verdadera calamidad» por el comportamiento de alguno de los embarcados.[23]

No obstante, los prejuicios tardaban en morir. En 1889 se aludía, en referencia a ese viaje, al «pánico que ahora ha empezado a desvanecerse». El autor había empleado en él solo 35 días, pero apuntaba que «durante la mayor parte [de ellos] es imposible resistir la permanencia en los camarotes», por el calor.[24] Solo cuatro años después, a pesar de los excelentes vapores de la línea Compañía Transatlántica de Barcelona, «ex A. López y Compañía», se describió la travesía como «penosa, pesada e insoportable».[25]

## LA DESTEMPLANZA DE LA TIERRA

Si las millas marinas y el océano eran un obstáculo temible, las enfermedades no suponían un peligro menor. Por ceñirnos al último tramo del periodo español, cuando la situación, lógicamente era menos mala, por los avances de la ciencia, en 1859 se afirmaba[26] que en Filipinas «la vida se gasta más que en Europa, y son pocos los que a su regreso a España no tienen alguna afección». El viaje en sí causaba «trabajos y disgustos, por bueno que sea»; ya en el transcurso del mismo una mayoría se arrepentía de su decisión de haber ido al archipiélago. Resulta comprensible, porque solo dos años después, un médico francés, declaraba que «el cólera, la disentería y fiebres de toda especie son endémicas en Manila».[27]

En 1878, un optimista[28] aseguraba que «el estado sanitario ha mejorado mucho», como lo demostraba que la «terrible» disentería

había sido vencida, y que «tampoco se ven ahora aquellos hombres demacrados y de color enfermizo». El problema, en cambio, era entonces la «reaclimatización», en España, si se había vivido seis o más años en las islas.

Cierto que la disentería, «terror de los españoles», y más temida que la fiebre amarilla, ya no causaba estragos. Pervivían, sin embargo, «la insidiosa y aniquiladora anemia tropical», el catarro intestinal y la hepatitis, mientras que el cólera era un azote recurrente, con brotes «formidables» de 1882 a 1883, e «intensos» de 1888 a 1889, mientras que la malaria era endémica, entre otras islas, en la propia Luzón, que «no es en rigor más que un foco palúdico de gran intensidad». De hecho, de no ser por la quinina, «nuestra dominación allí quizá no existiera».[29]

Había, asimismo, dolencias extrañas, como la «fiebre hipertérmica», que solo atacaba a europeos, de una cierta edad, holgada posición y con varios años de estancia en Filipinas, y que respetaba a los soldados –aunque no a los oficiales– y a los religiosos. Pedro Saura y Coronas, que le dedicó su tesis,[30] no oculta su profunda perplejidad ante ese fenómeno y cómo tratarlo.

También hizo interesantes reflexiones sobre el cementerio de Manila. Descubrió que había pocas tumbas de fallecidos con menos de 30 años, pero lo explicaba porque muchos peninsulares enfermos, antes de llegar a esa edad, habrían sido repatriados. En cambio, anota, abundaban las tumbas de muertos entre los 35 y los 50, mientras que «¡Cuán desconsoladora es la escasez de muertos pasada esa edad!». Porque los que la superaban eran «verdaderos prodigios vivientes, milagros de resistencia vital». La conclusión era deprimente: si no fuera por la inmigración, «la raza española se extingue en Filipinas».

En 1892, casi en vísperas del desastre, un médico se lamentaba de «cuán penosa es la estancia de los españoles en sus posesiones oceánicas», aunque fueran a ellas «en condiciones especiales y por tiempo limitado». Tras describir «el color pálido sucio de los europeos», comentaba que el espectáculo que presentaban las calles resultaba similar a entrar «en el patio de un hospital». Apunta a «la infección palúdica y el calor» como principales culpables de ese estado de cosas.[31]

Agravaba la situación el grado de desarrollo de la ciencia médica. Respecto del cólera, se reconocía paladinamente que «la terapéutica seguida hasta la fecha marcha por derroteros inciertos, oscuros»; «¿Qué es la enfermedad que nos ocupa?», se preguntaba.[32] En cuanto al paludismo, era tan agresivo en las islas que «allí se da la quinina en dosis

tan altas que producirían en Europa pavor».[33] Aun así, se administraba sobre todo *a posteriori*, porque no parecían obvias sus capacidades preventivas, a las que se aplicaba un dubitativo «se ha dicho». Tampoco se sabía gran cosa sobre la dolencia. Se decía de forma tentativa: «todo parece indicar que el desarrollo del virus malárico se verifica en el suelo […] en especial, en los sitios pantanosos», y que se difunde «por el paso del aire por su superficie».[34]

De la fiebre amarilla, se admitía «la confusión que existe sobre su origen», y que «no se conoce el agente productor de la enfermedad».[35]

La frecuencia de fenómenos naturales como terremotos y baguíos, y el ambiente asfixiante de Manila, centro neurálgico de la comunidad española, con su secuela de «homicidios, raptos, suicidios, y, en general comportamientos anómalos»,[36] junto con una curiosa tendencia a la locura, que subrayan fuentes desde el siglo XVII al XIX, y «el idiotismo y la embriaguez», peligros «siempre a dos dedos del hombre inteligente»,[37] ciertamente no contribuían a hacer atractivo tan remoto destino.

Ha parecido oportuno poner cierto énfasis en todos estos factores porque tendrían una influencia decisiva en el sistema que España instauró en aquellas latitudes, y que afectaría a aspectos tan importantes como la estructura de la población, el papel de la Iglesia, la Administración, el modelo económico, la educación y la defensa.

## «COMO AQUÍ MUEREN TANTOS HOMBRES…»[38]

A consecuencia de los problemas mencionados hasta ahora se produjo un hecho decisivo: el escaso número de españoles –incluyendo como tales, hasta la independencia, a los mexicanos– dispuestos a asumir los riesgos que suponía ir a Filipinas, más aún cuando el archipiélago no ofrecía oportunidades para un rápido enriquecimiento.

A los pocos años de la fundación de Manila en 1571, un informe del cabildo[39] señalaba que solo había ochenta vecinos de esa nacionalidad, de ellos cincuenta casados con compatriotas y «otros con indias». En el resto de las islas había ciento veinte más, parte de ellos solteros, a los que había que añadir trescientos veinte soldados. Respecto a los indígenas, un cálculo basado solo en los que estaban sometidos en mayor o medida y que pagaban tributo, los cifraba en 586 800.[40]

Veinte años después, la situación no había mejorado, y se hacía una preocupante constatación: la población española no ha aumentado como sería de desear, «pero ni aun se conserva en su ser», porque

«muere mucha con la destemplanza de la tierra».[41] En 1616, «la tierra, que nos consume», se consideraba un peligro mayor que los enemigos holandeses.[42]

Todos los datos confirman la renuencia a instalarse en el archipiélago. García-Abásolo, que ha estudiado la cuestión del poblamiento, título de uno de los artículos que le ha dedicado, aporta las siguientes y elocuentes cifras: entre 1570 y 1600, la media de pasajeros desde la Península fue de cuarenta y cinco por año; entre 1601 y 1770, veinticinco; entre 1701 y 1749, nueve; entre 1750 y 1800, diez; y entre 1801 y 1841, cinco. En el periodo que se extiende entre 1571 y 1841, solo en dos decenios –1670-1679 y 1710-1719– hicieron el viaje más de doscientos seglares.

El momento álgido de emigración se produjo cuando el gobernador Gonzalo Ronquillo llevó consigo en 1580 un numeroso grupo, pero llegó diezmado por las bajas que sufrió por el camino y por los que lo abandonaron en América, y ello a pesar de que fue por la vía de Panamá para evitar las tentaciones del virreinato novohispano.[43]

El mismo autor matiza, por otro lado, estas cifras tan pobres, destacando las pocas mujeres y los muchos religiosos que se embarcaron. Estos últimos aportaron unos porcentajes muy elevados: el 18 % del total entre 1571 y 1599; el 46 % entre 1600 y 1625, y el 20 % entre 1625 y 1650. La conclusión es obvia, solo una parte de ese número, reducido de por sí, podía contribuir al establecimiento de una base demográfica capaz de desarrollar una población española significativa.[44]

Se intentaron completar los escuálidos contingentes acudiendo a las Indias Occidentales, de forma que para fines del siglo XVI se ha afirmado que de los mil cuatrocientos «españoles» existentes, la mayoría eran criollos mexicanos o peruanos.[45] Fue una solución insatisfactoria, tanto cualitativa como cuantitativamente.

Ello se debía, en parte, a una deliberada política de deportación al archipiélago de los indeseables de Nueva España.[46] Por eso, en una relación al rey de 8 de junio de 1598,[47] se denunciaba: «tráense de Nueva España muchos hombres sentenciados y condenados a galeras, y luego que aquí llegan, se dejan andar por donde y como quieren, vestidos y con armas», de forma que «no solo no pagan su pena, pero aún hacen por acá otras maldades y delitos». Se insistía, años después: «la escoria de Nueva España viene a parar a estas islas, los ladrones, los facinerosos, los inquietos, los expulsos, los apóstatas, y cuantos hay de mala sangre y peores hechos»; las islas se habían convertido en «la galera de Nueva España».[48] Los textos citados no aclaran, como precisa Bankoff, que entre

esa gente había muchos desgraciados, culpables solo de vagabundear, no tener trabajo o ser jugadores.

Esa mala fama se extendía también a muchos peninsulares. De mediados del siglo XVIII, se ha afirmado que «en aquella época Filipinas era para los españoles un país de destierro»; salvo contadas excepciones, «los que llegaban eran, por lo general, personas turbulentas, que en ninguna parte se hallaban bien, o criminales que huían de sus familias, o de los países en que eran conocidos por sus antecedentes».[49] Todavía en 1887 predominaba un criterio negativo: «los españoles están aquí como de paso, sin arraigo ni estabilidad alguna […] se renuevan cada cinco u ocho años casi totalmente». El comentario despierta ecos antiguos: a fines del siglo XVI se denunciaba que los peninsulares estaban «como huéspedes, sin atender a más que no ver la hora de salir».[50]

Volviendo a 1887, se añadía que «vienen de España sin instrucción», y apenas salían de Manila o de las «cabeceras» –equivalentes a capitales de provincia–, con el resultado de que ignoraban todo del país en el que vivían. Solo algunos de ellos, «en su mayor parte, licenciados del ejército», permanecían largo tiempo, de los que parte se casaban con indígenas. Se convertían entonces en «el oprobio del nombre español», y arrastraban «una vida triste y asaz miserable», porque «muy contados son los que hacen una pequeña fortuna».[51]

Los que regresaban a España, salvo excepciones, tampoco estaban en una posición boyante. En efecto, es un hecho que «no existe versión asiática del indiano»,[52] el emigrante que retornaba rico a su tierra.

Parecería que todo se confabulaba para que apenas hubiera peninsulares, especialmente fuera de Manila y sus alrededores. Un testigo[53] se lamentaba en 1877 de que en provincias «no hay más que arroz, plátanos y gallinas», y que se «aburrió de aburrirse». Allí era «suceso tan celebrado como raro que se reúnan cinco españoles».

En 1897[54] se reconocía la imposibilidad de crear una verdadera colonia de europeos, aunque no faltaban entusiastas que seguían opinando en sentido contrario: «no es adaptable a estos climas y regiones la inmigración peninsular destinada a los trabajos del campo», ni siquiera en condiciones privilegiadas, como tenían los capataces, y se evocaban «las desdichas que padecieron los pocos que lo intentaron», haciendo referencia a «los mil quebrantos de salud» que experimentaron. La triste verdad era que habían fracasado todos los intentos de montar colonias agrícolas con españoles, a diferencia de lo sucedido en Argelia. En un caso concreto, en el que participaron diez familias vascas, a los siete meses de su llegada a Filipinas, todos sus miembros habían quedado

inutilizados. La evidencia seguía apuntando a que el peninsular «tiene una vida breve» en el archipiélago, y se subrayaba de nuevo que «la raza española se extingue [allí] con rapidez».

## EL CALEIDOSCOPIO FILIPINO

El exiguo número de españoles vivía en medio de un océano de etnias y grupos tan dispares que se ha dicho que el archipiélago era un lugar perfecto para los estudios etnográficos, tal era la variedad del origen de los habitantes. Por solo dar unas cifras meramente orientativas, se decía que la población en 1735 era de 1 000 000; en 1752, de 1 300 000; en 1805, de 1 741 000; en 1829, de 2 600 000, y en 1840, de 3 209 000.[55] Una estimación más refinada aventura, para 1842, 5 000 000. De ellos, 3 700 000 de los «impropiamente» llamados «indios», porque «sería más justo» calificarlos de «naturales»; 1 025 000 de lo que globalmente se califica de «negros o aetas e idólatras (igorrotes)»; 240 000 mestizos de chinos; 10 000 chinos, 20 000 mestizos de españoles; 3500 españoles filipinos, en el sentido de criollos, y 4500 españoles europeos.[56]

Se trata, no obstante, de datos sujetos a caución. Existían, en efecto, enormes problemas para establecer un padrón fiable; la *Memoria de 1887* los enumera con detalle.[57] Una anécdota curiosa es que, cuando en 1861 se intentó elaborar uno, cundió el pánico, porque en muchos pueblos corrió el rumor de que el objetivo era enviar a los varones a la Guerra de África –que ya había acabado– y a las mujeres a Madrid, para cuidar al rey, que estaba enfermo.[58] Es preciso recordar, además, que en 1884, 200 000 kilómetros cuadrados de Filipinas escapaban al control de España,[59] lo que sustraía de cualquier recuento a cientos de miles de personas.

Por esos motivos, hasta 1876 no existe un censo que ofrezca ciertas garantías. Es el establecido, significativamente por el arzobispado de Manila,[60] no por la autoridad civil. Da una cifra de 6 173 630 habitantes, con 5 500 000 «tributantes», sin más precisiones; por encima de 600 000 «infieles no reducidos aún»; 30 000 chinos, y 13 265 «particulares españoles», a los que se añadían unos 4000 en la administración, algo menos de 5000 militares –de general a cabo 2.º–; casi 2000 miembros del clero secular, y un número mínimo del regular. En el primer grupo de peninsulares hay que destacar que había casi 7900 hombres y por debajo de 5400 mujeres, lo que indicaba un potencial de reproducción bajo. Era, además, muy reducida la proporción de casados entre

los militares. Por ejemplo, de los 289 jefes y oficiales de los regimientos de infantería, solo 117 estaban casados, y el porcentaje descendía radicalmente en los empleos inferiores.

Cabe anotar que ese trabajo fue criticado por aplicar al «tributo entero», es decir, a la unidad familiar, un baremo de 4,052 personas, cuando se argumentaba que un 6,5 hubiese sido más preciso, elevando el total a cerca de los 10 000 000.[61]

Otro censo, este de 1877, elaborado por la dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico,[62] habla de 5 567 865 habitantes, pero no incluye a los «infieles no reducidos», mientras que uno más, realizado en la propia Filipinas, en diciembre de 1887, menciona una población «de derecho» de 6 000 000, y una muy similar, «de hecho». Esta cifra se consideraba válida a efectos oficiales, pero se sospechaba que la real era «muy superior». Por otro lado, una estimación de fines de 1894, considerada «muy cercana a la realidad» por la última *Guía Oficial*[63] publicada en las islas, arrojaba un total de 7 800 000, distribuidos entre 6 500 000 registrados en los padrones municipales; 692 000 «gentiles independientes»; 309 000 moros; 49 700 chinos empadronados; 24 800 «ocultaciones» y 138 000 «gentiles reducidos». No obstante, una fuente posterior, sin carácter oficial,[64] situaba el número de habitantes entre los 8 000 000 y los 9 000 000.

De los datos mencionados se desprenden al menos dos conclusiones. De una parte, lo limitado del dominio español; de otra, lo abigarrado de la población.

El grupo más numeroso, de origen malayo, a veces descrito como «indonésico», eran los indios, naturales, o indígenas, rápidamente cristianizados. Se ha explicado que los españoles les dieron este nombre «por la gran semejanza que se halló entre los habitantes del archipiélago y los de América Meridional, tanto en su constitución personal como por ciertas dicciones de su idioma» con los habitantes de América.[65]

Siguiendo los criterios racistas en vigor durante todo el periodo español, se les atribuían, en términos generales, toda clase de defectos, con la abulia y la pereza en primer término. Solo las pintorescas comedias de moros y cristianos y la pasión por las peleas de gallos les sacaban de su torpor. Diversos autores no vacilaban en poner en duda su capacidad intelectual, llegando, como máximo, y a regañadientes, a reconocerles ciertas habilidades imitativas. Existía hacia ellos una abierta tendencia al paternalismo, y a considerarles infantes adultos que requerían continua tutela. Muchos pensaban que debía bastarles el carabao, como compañía, y el fraile, para dirigir sus conciencias y sus actos.

Pablo Feced, alias *Quioquiap*, seguramente uno de los más radicales exponentes de esa actitud abiertamente despectiva, se permitía describirles como «niños grandes […], gente dormida por secular infancia», y referirse «al pobre indio, de cuerpo flaco y flaco cacumen», parte de «un montón inanimado de humanos seres».[66]

Resulta interesante que se destacara la superioridad de la mujer filipina. Es fácil encontrar observaciones como «descuella por sus cualidades intelectuales y morales, que las distingue mucho del indio».[67]

El siguiente grupo acogía a muy distintos pueblos, de enrevesada clasificación, ya que se entremezclaban en ella criterios religiosos –«infieles»–, geográficos –«monteses»– o étnicos –«negritos»–. Da una idea de la complejidad de la cuestión que un experto como Blumentritt consagrara treinta y cinco páginas a una escueta enumeración de estas comunidades, de las que situaba hasta sesenta y tres diferentes en su mapa etnográfico.[68] La ya citada *Guía Oficial* de 1898, por su parte, dedica casi treinta a la misma materia.

Simplificando mucho, se puede decir que con esos nombres se tendía a agrupar a los pueblos aborígenes y a la mezcla de ellos con malayos. En general, ocupaban el interior de las islas, las tierras más pobres y más aisladas, a las que habían sido relegados por sucesivas inmigraciones de aquellos. Compartían también, en gran parte, aunque en número decreciente con el avance de la conquista, la circunstancia de escapar al control español. Algunos englobaban en esta misma categoría a los moros, que serán objeto de un capítulo específico. Entre los también idólatras figuraban los «terribles cortadores de cabezas», sobre todo de Luzón, que tantos problemas darían a los españoles.

La gran variedad étnica se reflejaba en el ámbito lingüístico. Por continuar con la *Guía* de 1898, una simple relación de las lenguas existentes abarca tres páginas enteras, de la 208 a la 210.

Una minoría cuya importancia resulta imposible exagerar era la formada por los chinos,[69] llamados «sangleyes», palabra que según unos equivale a «comerciante» y, en opinión de otros, significa «los que vienen y van».

El primer contacto con ellos data de la misma llegada de los españoles a Filipinas. A partir de entonces, se entabló una compleja relación, con expulsiones y matanzas intermitentes pero que siempre desembocaban en un regreso al archipiélago de los súbditos del Celeste Imperio, que habían sabido convertirse en imprescindibles.

Muy pronto, en torno al trato del galeón de Manila, empezó a desarrollarse una comunidad específica, segregada, fuera de los muros

de la ciudad y al alcance de sus cañones, que llegó a contar con una estructura administrativa propia. Seguramente fue un caso único en la Monarquía Hispánica, esa presencia de una colonia extranjera, de otra religión, cuyas creencias y costumbres se respetaban.

El Parián, palabra mexicana que significa «mercado», «una especie de hormiguero por sus innumerables y pestíferos rincones»,[70] fue el nombre que se dio a los sucesivos barrios que la albergaron, bajo la supervisión, se antoja que tibia, de la Orden de Predicadores. Fue tan rápido su desarrollo que en 1590 se destacaba, con asombro, que «en ninguna ciudad de cuantas se sabe, acá o allá, no hay cosa tanto de ver como esta, porque en él (sic) hay toda la contratación de la China»; «hállanse en este Parián todos los oficiales de todos los oficios y artes mecánicas de una república, y de todos en mucha cantidad», con el resultado de que «los españoles han cesado todos»[71] de desempeñar esas actividades. Estas contadas frases resumen lo que se podría llamar «la cuestión sangley».

A finales del siglo XVI se estimaba el número de chinos en seis mil o siete mil, incluyendo los dos mil que llegaban anualmente con mercancías para el comercio transpacífico. Entonces, ya eran un elemento esencial para los españoles, que los necesitaban para todo, incluyendo la talla de imágenes para sus iglesias, lo que no impedía –o propiciaba–, depende del punto de vista, una actitud ambigua: eran, a la vez, «despreciados, odiados y temidos»,[72] e imprescindibles. De ahí, los ciclos de matanzas, expulsiones y políticas de acogidas que pervivieron hasta la segunda mitad del XIX, cuando al fin la situación se estabilizó. Se ha estimado, por ejemplo, en 40 000 los que fueron muertos en las matanzas del XVII,[73] pero ni eso pudo detener un proceso imparable de crecimiento de dicha colectividad, aunque con altibajos.

En 1886, se sostenía que «Manila parece una ciudad del Celeste Imperio»[74] y, recientemente, se ha afirmado que acabó «convertida en una ciudad china con una élite dirigente castellana».[75]

Al final, los chinos llegaron a controlar un amplio espectro de la economía de las islas: algunos eran grandes capitalistas, que se paseaban «en lujosos trenes, como los primeros magnates, y que tenían acaparados los más pingües negocios y casi todo el tráfico de reventa» y las contratas públicas, pero otros eran «peones o culíes», que trabajaban por sueldos míseros. Ello «genera gran malestar entre las clases proletarias»[76] filipinas, mientras que la actividad de los empresarios importantes creaba un no menor descontento entre sus competidores españoles, a los que se afeaba que pretendían, «con poco capital, hacer una gran fortuna

de la manera más rápida posible», cuando los sangleyes «se contentan con ganar poco en cada negocio».[77] Era justamente la situación que fray Domingo de Salazar había anunciado casi tres siglos antes.

Habría que añadir que la simple entidad numérica de una comunidad como la china, nunca asimilada, y mucho más nutrida que la peninsular, generaba tensiones adicionales por motivos de seguridad,[78] al considerarla como una potencial quinta columna de un imperio inmenso. Se habló así de una «invasión amarilla», pero, a la vez, se mascullaba que «los chinos están en todas partes y hay que contar con ellos para todo». Ese era el dilema insoluble; podían presentar una amenaza y excluían de la actividad económica a amplios sectores locales y europeos –estos apenas estaban representados, por ejemplo, en los «oficios mecánicos»–, pero eran imprescindibles. Como consuelo, se agregaba: «el chino es una materia imponible»,[79] lo que sin duda fue el caso. Al final se optó por, al menos, exprimirlos fiscalmente.

Ya que esa era la percepción de los *castilas* o españoles, aunque había, pocas, opiniones más favorables, puede ser interesante señalar que, a su vez, los chinos los calificaban de «bárbaros», y los denominaban «Yu-ssu-la», su versión de la palabra «islas», y les describían como «altos, con elevadas narices, pupilas parecidas a las de los gatos y boca similar a la de un halcón».[80]

Una particularidad de esa inmigración era que fue, de forma masiva, masculina. Por ello, la máxima aspiración de un sangley que había triunfado en los negocios era contraer matrimonio con una mujer local, lo que exigía bautizarse, lo que, a su vez, requería un padrino católico, pasos todos ellos caros, que obligaban al interesado a ahorrar durante años para sufragar los gastos. Se ha afirmado que, no obstante, muchos mantenían una segunda familia en su país, y que seguían practicando en privado su religión.

Fruto de esas uniones fue la aparición de un interesante colectivo, los mestizos de sangley que, a diferencia de lo sucedido en otras colonias, formaron «un grupo separado legalmente, reconocido como tal», hasta las reformas de los años 80 del siglo XIX, organizado en su propio gremio y con cargos electos. A fines de ese siglo, pasaban de 200 000, número varias veces superior al de los otros mestizos, los europeos. Más próximos a los indígenas, cuyas lenguas hablaban, que a los chinos, se les consideró durante decenios «más españoles casi que los españoles», y un firme pilar de la Iglesia, si bien con el paso del tiempo surgieron desconfianzas sobre su lealtad, temiéndose su número y el prestigio y riqueza que acumulaban.

Aprovecharon las periódicas expulsiones de sangleyes para instalarse en sectores controlados por ellos, como el comercio en gran escala y al detal, pero cuando se permitió regresar a estos, ya de forma definitiva, en la segunda mitad del XIX, transfirieron sus innegables habilidades a la agricultura y a las profesiones liberales, llegando a ser con frecuencia los más ricos de los pueblos.[81]

Aunque se ha discutido si llegaron o no a constituir una verdadera clase media, lo que resulta indudable es que ya desde fines del siglo XVIII empezaron a surgir como «una élite política, intelectual y económica»[82] y que jugaron «un papel importante en la creación y evolución de los que se llama hoy la nación filipina».[83]

Como se acaba de decir, en comparación con ellos, los mestizos de español eran una minoría, si bien fue la primera de origen no asiático.[84]

Formaban un grupo complejo, «una categoría de difícil clasificación y determinación práctica»,[85] cuya simple denominación es objeto de debate. Para unos, la palabra «filipinos» se aplicaba de forma indistinta a los hijos de peninsulares nacidos en el archipiélago, a los descendientes de estos o los que eran fruto de unión entre español e indígena.[86] En opinión de otros,[87] el término era intercambiable con el de criollo, es decir, solo los nacidos en el archipiélago de progenitores españoles, denominándose los demás «mestizos». Hay que destacar, en todo caso, que hasta muy avanzado el siglo XIX, el vocablo «filipino» implicaba siempre al menos una parte de sangre blanca.

Inicialmente, el núcleo de esa comunidad descendía de los soldados mexicanos que formaron el núcleo del ejército de las islas mientras existió aquel virreinato, y que oficialmente eran españoles. Las autoridades los animaban a contraer matrimonio con naturales, ya que «entre los sectores acomodados hubo poca fusión sanguínea con los malayos».[88] Con la paulatina desaparición de esos hombres, los padres tendieron a ser europeos.

Si se discutía el nombre asignado a dicha colectividad, existía, en cambio, un deplorable y unánime sentimiento sobre el concepto que merecía. Para la *Memoria*[89] ya citada, reunía «muchas de las malas cualidades del español y del indio», y la comparaba desventajosamente con los mestizos de sangley. Por solo citar alguna otra fuente, para Pazos,[90] estaba «infestada de los mismos vicios, defectos y debilidades del indio», y eran detestados por esto debido a su «despotismo», mientras que Cañamaque[91] añade: «para nada o para muy poco sirve». Canga-Argüelles[92] llegó aún más lejos cuando la describió como «más débil e inferior a los indígenas».

Asimismo, se la vio como un peligro al *statu quo*, por el profundo resentimiento que se le atribuía, fruto de su ambigua posición, y de la circunstancia de que los peninsulares copasen los mejores puestos, a los que este grupo creía que tenía derecho; «aborrecen de muerte a los españoles»,[93] se decía. La ingrata experiencia americana, con el protagonismo criollo de los movimientos emancipadores, atizó esos recelos

Nadie fue tan radical como Sinibaldo de Mas, en su obra popularmente conocida como *Informe secreto*,[94] en la que proclama que «conviene reducir la población española filipina al menor número posible», y le afea «su escasa educación y ser soberbios y exigentes». Hasta sugiere que, al alcanzar los 16 años, fuesen alejados del archipiélago y enviados a la Península, para formarse y encontrar un trabajo allí.

Observadores más imparciales, aunque admiten que eran «muy impopulares», entre otros motivos, por ser «los usureros del país», subrayan que bajo la denominación de mestizos de españoles se reunían situaciones muy diversas. Los había con una esmerada formación, educados en las islas y en Europa, mientras que otros arrastraban una vida miserable entre los indígenas. Todo dependía, estimaban con los criterios racistas al uso, si en el individuo predominaban los genes de uno u otro progenitor.[95]

Existió, además, otra comunidad, marginal por su escasa entidad numérica, y que se menciona aquí solo para dejar constancia, la japonesa. Como la china, habitaba una zona reservada, Dilao, primero, y San Miguel, después, en las proximidades de Manila, puesta bajo la supervisión de los franciscanos. Incluía desde mercaderes a ronin, es decir, samuráis que no tenían un señor. A diferencia de los súbditos del Celeste Imperio, los del Sol Naciente inmigraban en muchos casos con mujeres, lo que, junto con la idiosincrasia que se les atribuía, supuso que su asimilación fuese casi imposible. También protagonizaron motines, en especial, entre 1605 y 1609, y fueron objeto de sangrientas represalias. Llegaron a un máximo de 3000, en los años 60 del siglo XVII, pero en 1637 eran 800 nada más, frente a 20 000 chinos.[96] Los peninsulares les respetaban por su carácter belicoso y fiero, diciendo de ellos que eran «los españoles de Asia»,[97] lo que seguramente consideraban como el mayor de los cumplidos.

Un indicio anecdótico, pero elocuente del modo de vivir de estos diferentes grupos lo da el número de habitantes por casa, en la isla de Luzón. Para los españoles peninsulares y para los filipinos –aquí, equivalente a criollos–, la cifra era, en los años 70 del siglo XIX, de 3,27; para los indios y mestizos, se supone que se refiere a los de europeos,

5,64; para los mestizos de sangley, 5,54; para los chinos, 10. En cuanto al tipo de vivienda, los peninsulares tenían casi 1100 casas de piedra, aunque había 181 de caña y nipa, seguramente de soldados retirados; en los españoles filipinos, la relación era de 956-1469; los mestizos de español y de sangley, 2887-22 704; los indígenas, 1718-728 595; los chinos, 270 y 2954.

Por lo que respecta a la actividad agrícola, y en el mismo periodo, en todo Luzón solo 55 europeos estaban entregados a ella, así como 165 mestizos de español y 197 chinos, reflejando la escasa afición de tales grupos por ese sector. En cambio, había 15 750 mestizos de sangley, mientras que los naturales se dividían en 285 000 jornaleros y 173 600 «cultivadores», propietarios, probablemente.[98]

## UN BALUARTE DE SOTANAS

Algunos de los datos reproducidos anteriormente muestran el número elevado de religiosos que viajaron a Filipinas, tanto más notable si se compara con la raquítica comunidad europea allí. Es un fenómeno que obedece a las instrucciones que Felipe II impartió a Legazpi, en las que se señalaba como «lo más principal» de su tarea promover la evangelización de los naturales, aunque sin duda, había otros objetivos esenciales, entre ellos, los de tipo económico. Ya se ha dicho, por otra parte, que dicha labor se esgrimió para justificar la conservación del archipiélago en el seno de la Monarquía Hispánica.

Se encargó de ello a las órdenes religiosas, ya que, aunque el Concilio de Trento les vedaba el trabajo parroquial, admitía excepciones, siempre y cuando se sometiesen al control episcopal, accediendo, entre otras medidas, a la llamada «visita». Sin embargo, en la práctica, la aplicación de este principio tropezó con serias dificultades, ante la negativa de las órdenes a aceptarlo, excepto si el obispo o arzobispo pertenecía a una de ellas, en cuyo caso los miembros de la misma sí lo respetaban. Se daría así lugar a una serie interminable de conflictos internos, nunca resueltos de forma satisfactoria.

Por otro lado, Felipe II también repartió, en 1594, el territorio isleño entre las cinco primeras órdenes que llegaron, agustinos, franciscanos, dominicos, recoletos y jesuitas, de modo que cada una de ellas erigió una especie de feudo separado.

Muy pronto empezarían a presentarse serias disfunciones, que pervivirían hasta la derrota de 1898, y que obedecían a una circunstancia peculiar de Filipinas. De una parte, los religiosos, o «frailes»,

como se les llamaba, igual que se denominaba «convento» a la casa parroquial, se fueron extendiendo de forma progresiva, mientras que los seglares peninsulares seguían concentrados en muy pocos puntos. Por ejemplo, en la década 1624-1634, solo sesenta vivían fuera de Manila y Cebú.[99]

De otra parte, y como se reconocía en 1884, los frailes poseían «el conocimiento de los idiomas indígenas, que hoy mismo son los únicos españoles que los hablan».[100] Más adelante se tratará el tema con algún detalle, pero se puede adelantar que, mientras los primeros religiosos aprendieron esas lenguas sobre el terreno, enseguida las empezaron a enseñar en sus centros en España a los destinados a ir a Filipinas.

Además, estos, antes de hacerse cargo de una parroquia, pasaban un tiempo en otra, bajo la égida de un veterano, que les ayudaba a completar su instrucción. El motivo de estas medidas era obvio: para transmitir la doctrina católica necesitaban hacerse entender por su grey. A todo ello se añadía que, a diferencia del resto de los españoles, los frailes permanecían allí de por vida, y con una movilidad entre las islas limitada.

Así pues, la ausencia de peninsulares en grandes extensiones del país, y su lejanía física y cultural de la gran masa de la población, contrastaban de forma flagrante con la casi omnipresencia de unos religiosos que vivían a pie de obra, que conocían perfectamente su jurisdicción y que eran capaces de comunicarse con sus habitantes. También, a diferencia de sus compatriotas seglares, respondían, por así decirlo, a «un mando único», lo que multiplicaba su eficacia.

El resultado fue inevitable: de manera casi insensible las órdenes se convirtieron en correa de transmisión entre los indígenas y la autoridad civil, carente de medios para acceder directamente a ellos. Los frailes se erigieron, pues, en «elemento central» de todo el sistema, y en «padres, consejeros, confesores, jueces, mediadores, inquisidores, vigilantes, informadores, médicos, arquitectos, ingenieros, capataces, intérpretes, traductores, defensores, protectores, comerciantes, prestamistas, arrendadores y mucho más».[101] Todavía en 1888, cuando la administración no había dejado de crecer, se les describía como «nuestro único elemento de gobierno».[102]

De ahí a considerarles custodios y garantes del dominio español, había un paso, que se franqueó con entusiasmo: «en mi concepto, [Filipinas] debe mantenerse por la religión»; «mientras los pueblos escuchen la voz de los frailes, las islas serán españolas»;[103] «la desapari-

ción del fraile en Filipinas es pedir la expulsión de los españoles»; sin los religiosos, reinaría «el caos». Rápidamente, se acudió a símiles militares: equivalían a un ejército de 25 000 o 30 000 hombres;[104] eran, como mínimo, «un mal necesario, y equivalen a un ejército»;[105] «un batallón de frailes, con su prestigio y ascendiente, equivale a algunos miles de bayonetas».[106]

Desde cualquier perspectiva, se trataba de una situación aberrante, y lo fue aún más porque, era inevitable, tanto poder llevó a abusos: manipulación de las elecciones locales y de los sorteos de quintas,[107] amancebamiento, bastante extendido –se llamaba «despensera» a la tradicional «ama»–, usura y «exceso en la suntuosidad».[108]

Lo singular es que se aceptaran como un coste muy inferior a los beneficios, y que se criticaran acerbamente, tildándolas de «injustificable imprudencia», las disposiciones oficiales que aludían a la «conveniencia» de que los indígenas «no sean vejados, molestados ni gravados injustamente por los curas y doctrineros», que estos «no se entrometan en la jurisdicción temporal» y que trataran a las autoridades locales «con estimación y agrado […], sin permitir que les azoten, castiguen o maltraten, ni que los tengan en pie, ni que dejen la vara» antes de entrar en el convento.[109]

Algunos estimaban, en efecto, que «la intervención oficial del fraile en los principales asuntos de la población es un derecho».[110]

Había, pues, que mantener «la tradición secular y general deber», que subsistió al menos hasta 1898, de todos los días, después de misa, «presentarse [la "principalía" o conjunto de autoridades locales] a rendirle acatamiento [al fraile], recibir órdenes, amonestaciones, aplausos o censuras y besarle, por fin, la mano con genuflexión marcada y profunda reverencia».[111]

Otra de las demasías fue el poder económico que acumularon las órdenes. Desde un principio, participaron en el negocio del galeón de Manila, como cargadoras y financieras; fueron prestamistas y siguieron una deliberada política de apropiación de tierras comunales, que dio lugar a serios conflictos.[112]

Acumularían así una enorme riqueza. Aunque poco antes del desastre procedieron a ventas simuladas a empresas, el Gobierno norteamericano les pagó 7 239 000 dólares por casi 200 000 hectáreas de tierras.[113] Había que añadir, además, la propiedad de «buena parte de los edificios urbanos de Manila», cuyo valor, unido al anterior, frisaba los 20 millones, la suma que Washington abonó a Madrid por la cesión de todo el archipiélago.[114]

A la vista de ello, se entiende el rechazo que en los círculos filipinos más ilustrados,[115] pero también en gran parte de los populares, produjo esa situación.[116]

Difícilmente parece casualidad que, cuando estalló la Revolución, su epicentro fuera Cavite, donde el 82 % del terreno pertenecía a las órdenes. Así, los dominicos poseían allí 11 000 hectáreas en Imus, y 13 000 los agustinos en San Fernando Malabón, localidades ambas que fueron el escenario de feroces combates.[117]

No se agotaron en estos aspectos los problemas generados por tan particular estado de cosas. Se han cifrado en 7407 los frailes que pasaron a las islas entre 1564 y 1871; de ellos, el dato puede ser interesante, por encima de 2200 agustinos; algunos franciscanos más, en torno a 1500 dominicos, unos 1100 recoletos y 194 jesuitas, en sus dos épocas.[118] Cálculos más precisos apuntan a 10 509 en los 333 años.[119] Si bien, en términos absolutos parece un número elevado, no lo era tanto en la práctica, habida cuenta del largo periodo, de la extensión del archipiélago y del número de sus habitantes. Eso, y las legítimas aspiraciones locales, coadyuvaron al surgimiento de un clero, masivamente secular, no regular, formado, en principio, por criollos, a los que luego se unieron mestizos de español y de sangley, así como naturales. Sería denominado «clero indígena», cuyo primer miembro ingresó en 1698, aunque hubo que esperar a los inicios del siglo XVIII para que se produjera un reclutamiento mencionable.

Inmediatamente, se creó una intensa rivalidad entre los dos grupos, con claros tintes raciales, al ser uno esencialmente europeo, y el otro, como se ha dicho, originario del archipiélago.

La tendencia del primero, que partía de una posición de superioridad, fue el desdén, por no decir desprecio, al segundo, al que procura relegar a posiciones subordinadas, como las de coadjutores, o a las parroquias menos deseables, por su lejanía o su bajo rendimiento.[120] Es elocuente que a los frailes se les llamara «reverendos», y solo «devotos» a los seculares.

Con motivo de la pérdida de Manila, en 1762, y el consiguiente esfuerzo de la administración borbónica por tomar las riendas del poder en Filipinas, tuvo lugar un intento de reducir la preponderancia de la Iglesia en general y de las órdenes en particular. La feroz crítica que Anda y Salazar, el héroe de la resistencia contra los británicos, formuló sobre aquellas,[121] no fue ajena a esa reacción, que se reforzaría con la expulsión de los jesuitas en 1767.

Para dar una idea del peso relativo de la Iglesia, quizá sea útil aportar algunas cifras. Se calculaba que el rey percibía por tributos de los

naturales 250 000 pesos al año. Los gastos, excluida la «Administración espiritual», eran de 59 303 –de ellos, 31 128 en defensa–, mientras que los de aquella suponían 187 229, a los que se añadían otros 245 000 aportados directamente por los indios, sin contar una multitud de derechos adicionales. Es decir, dicha «Administración» era casi dos veces y media más onerosa que el resto del dispositivo.[122]

Se vio en el incremento del clero secular un instrumento para conseguir mitigar el peso del regular, pero nunca alcanzó un número suficiente, y no siempre sus miembros resultaron adecuados «intelectual o moralmente, o ambos».[123] Por otro lado, se empezaron a temer las repercusiones políticas del aumento de influencia sobre la población que podrían llegar a adquirir, mientras que el papel que desempeñaron en la emancipación americana muchos religiosos, aumentó los recelos.

Desde los años 20 del siglo XIX comienza un movimiento de restablecimiento de los regulares en las parroquias, que se aceleraría por sucesos como el movimiento encabezado por Apolinario de la Cruz en 1841. Ante un hipotético riesgo para el *statu quo*, hasta los liberales españoles optaron por apoyarse en la Iglesia; la desamortización que se aplicó en la Península nunca llegaría a Filipinas. Unos años después, en 1861, cuando se autorizó el regreso de los jesuitas a Mindanao, pareció normal «indemnizar» a los recoletos por las misiones que les cedieron con parroquias en la diócesis de Manila, ocupadas por seculares. Fue un error de «consecuencias trágicas […]; el clero nativo, marginado por los frailes españoles y vejado por el Gobierno, se convirtió en símbolo del yugo colonial».[124] La intervención de Pedro Peláez, religioso criollo, una figura de talla que hizo suya esta causa, dio una nueva dimensión al problema, que acabaría por contribuir «a forjar, lenta, pero inexorablemente, el espíritu nacional» filipino.[125] La sublevación de Cavite de 1872[126] acabaría por enconar una cuestión que no se dirimiría hasta 1898, año en que los regulares gestionaban 967 parroquias, y solo 158 los seculares, la mayoría en «la diócesis periférica de Nueva Cáceres». En la mucho más deseable de Manila, únicamente administraban 25 de las 259 que había.[127]

La desconfianza de amplios sectores españoles hasta estos últimos subsistiría hasta el fin. Un año antes del Desastre, se recomendaba «la mayor cautela» ante ellos, e incluso se proponía que se enviasen seculares desde la metrópoli,[128] para no tener que recurrir a grupos sospechosos.

No es sencillo hacer balance de la tan controvertida cuestión del papel de la Iglesia en las Filipinas españolas. El de Sawyer[129] parece equilibrado. Tras enfatizar que es protestante, comenta que los frailes se acabaron convirtiendo en un «anacronismo», pero «han hecho avanzar mucho a las Islas Filipinas en la senda de la civilización», si bien cuestiona sus grandes haciendas, «que han sido fatales» para las propias órdenes.

En efecto, junto con los abusos mencionados, y otros, parece indiscutible que en los primeros tiempos los religiosos fueron decisivos, al «reducir», como se decía, la población a «bajo campana», constituyendo así comunidades que permitían «una vida más humana y mejor organizada», al tiempo que facilitaba la evangelización y la introducción de mejoras en la agricultura, como el arado, la utilización del carabao como animal de labor, o la erección de diques.[130] Tampoco se puede negar su valiosa labor en los más variados ámbitos científicos, desde la botánica a la meteorología,[131] pasando por la lingüística, en la que jugaron un papel esencial para el desarrollo y sistematización de las lenguas locales. Es destacable que, cuando las autoridades norteamericanas quisieron publicar el primer mapa riguroso de la Filipinas, acudieran al trabajo de los jesuitas.[132]

Fueron, asimismo, un elemento clave del dominio español; de ahí que se les comparara frecuentemente con las fuerzas armadas, utilizando términos como «baluarte» o «centinela». Entre otros muchos, un observador extranjero[133] describió bien la situación:

> España gobierna a través de sus curas, que valen más que un ejército y son más baratos […], la metrópoli solo conserva las Filipinas por la influencia enorme que el clero tiene sobre los indígenas; es por eso que puede administrar a bajo coste y conservar las islas con un ejército de 10 000 hombres, *exclusivamente indígenas*, y una decena de malos barquitos, cuyas tripulaciones son tagalas.

Partiendo de la base de que el Estado, con su mínima implantación, dejó a los religiosos un espacio que no les correspondía, y que se benefició de su influencia en la población, quizá el mayor cargo que se les pueda hacer es que no realizaron el tránsito de la función misional a la meramente parroquial, que el cambio de los tiempos requería. Lo que en los siglos XVI y XVII resultaba lógico, o incluso imperativo, no lo era ya en el XIX, en la mayor parte de Filipinas, y, sin embargo, se mantuvieron las antiguas prácticas.

Volviendo a Sawyer, se entiende que, como se acaba de ver, al tiempo que critica el «anacronismo» en que se había convertido el poder de las órdenes, aplauda calurosamente la labor de los padres de la Compañía de Jesús en un Mindanao todavía no conquistado en su integridad: «están muy cerca del ideal de lo que debe ser un misionero cristiano»; y añade: «en mi opinión, el camino más fácil, el mejor y el más humano para pacificar Mindanao es utilizar la poderosa influencia de los jesuitas sobre sus fieles».[134] Escribía en el contexto específico de 1900, cuando Estados Unidos tenía un conflicto abierto allí, pero es una reflexión significativa.

## LA PERLA DE ORIENTE

Manila, sede del poder español, está indisolublemente unida al mismo. Desde allí se gobernaba todo el archipiélago, allí estaba la sede del poder económico y del militar, y allí residía la inmensa mayoría de los peninsulares. Puede ser conveniente, por tanto, seguir su evolución a través de algunos testimonios.

Desde el primer momento, los españoles se acogieron, por razones de seguridad, a un recinto cerrado, cuya fortificación se va reforzando progresivamente, quedando así configurado un espacio cuyo mero nombre –Intramuros– ya transmitía una sensación de claustrofobia, que fue aumentando con los años, a medida que se apiñaron en él nuevas construcciones.

En paralelo, la población nativa y un creciente número de chinos se agruparon en el entorno de ese núcleo, constituyendo una serie de arrabales que no dejarían de crecer, antes las perspectivas de trabajo que iba ofreciendo la ciudad.[135]

De ella, Morga, a fines del siglo XVI, dejará opiniones contradictorias. De un lado, dice que «es una de las poblaciones más alabadas de los forasteros que a ella acuden», pero también escribió que «es pueblo corto, y fundado de personas las más de pocas prendas, venidas por necesidades y otros trabajos de la Nueva España y otras provincias, y así son trabajosos de condición y proceder».[136] Destaca, al tiempo, que vivían en casas «las más de cantería», y que iban «todos vestidos y aderezados curiosamente, de seda», producto del comercio con el Celeste Imperio. Las citadas construcciones habían ido sustituyendo a las de estilo indígena, a base de caña y nipa, que albergaron a los primeros conquistadores. Las canteras de Guadalupe y de Meycauayan facilitaron los necesarios materiales, y los omnipresentes chinos, la mano de obra, por

su gran competencia en el trabajo de la piedra y otras especialidades, como la tejería.

Aquel mundo se derrumbó, literalmente, con el terremoto de 1645. Pedro Cubero[137] vio, en los años 70, un panorama desolador: «la célebre y hermosa ciudad de Manila, cuyas ruinas de edificios demuestran haber sido la más hermosa de Asia». Con el temblor, «todo se arruinó, y nunca se ha vuelto a restaurar en su primera forma, porque los edificios no son tan soberbios […], pues las casas son muy bajas, y las paredes maestras las sostienen unos maderos gruesísimos que ellos llaman haringues».

Lo confirma Gemelli,[138] que, en 1699, muestra su sorpresa ante una ciudad todavía derruida en parte, y el resto, incluido el palacio del gobernador y las iglesias, edificado con una planta baja en piedra, y la superior de madera, para resistir mejor los temblores de tierra, amenaza permanente. Describe, también, lo que durante siglos serán otras constantes: «las ricas tiendas» del Parián, y el hecho de que «los españoles no se dedican a nada», embebidos como estaban, con carácter exclusivo, en el negocio de los galeones. Señala, por cierto, que gastaban zuecos de madera, porque la lluvia hacía intransitables las calles, y que sus mujeres se desplazaban en sillas de manos, o en una red colgada de un palo, que llevaban dos porteadores, «en la cual se va cómodamente». Calculaba que habría unos 3000 habitantes en Intramuros, y 15 000 en los arrabales, amén de 3000 chinos, cifra que había disminuido de forma notable tras el levantamiento de 1603. Alude, asimismo, a una constante más: lo abigarrado de la población, formada por «españoles, indios, chinos, malabares y otros».

Le Gentil, que fue a Manila en 1766, poco después de que los británicos la evacuaran, tras haberla tomado en 1762, alude a otra de las características de la ciudad que perduraría durante siglos: las rencillas internas. Los ochocientos españoles que en ella vivían se hallaban en estado de «guerra continua» entre ellos, separados en bandos según su región de origen.

Por otro lado, menciona, y no será el último que lo haga, la locura como algo al parecer muy extendido, y que afectaba, en especial, a las mujeres y, sobre todo, a los religiosos, ya que era «normalmente el resultado de estudios intensos y de una excesiva aplicación». En 1888[139] se seguía hablando de ella –se la llamaba entonces «chifladura»–, como «un tributo que pagamos a esta tierra», y se atribuía, irónicamente, a «la sangre, tan falta como se halla aquí de hierro y tan sobrada de horchata».

De Intramuros comenta que «sería difícil reunir, en un espacio tan pequeño, más conventos», y alaba el estilo de construcción de los edificios, diseñados para ofrecer la menor resistencia posible a los terremotos.

Se explaya en la descripción de las costumbres de los españoles, una de las cuales, consumir «una clase de bebida llamada sangría [en castellano, en el original]», le pareció excelente. En cambio, detestó una corrida de toros, celebrada con motivo del día de san Carlos. Dice que era «el espectáculo más bárbaro que se puede imaginar», y califica a los diestros de «una especie de carniceros».

Dedica varias páginas a una pormenorizada descripción del tráfico de los galeones, que monopolizaba toda la actividad económica, a costa de las demás, y que provocaba brutales altibajos en las fortunas, según tuvieran éxito o no los viajes.

Por último, hace reflexiones interesantes sobre el empeño de los frailes en no enseñar el castellano a los indígenas. Alega, como lo harán muchos otros, que se debía a su deseo de convertirse en intermediarios obligados entre aquellos y las autoridades, lo que les daba un enorme poder. Asegura, como testigo, que los religiosos hacían lo posible para evitar que un natural que hablara algo de español se comunicara directamente con un peninsular.

A modo de anécdota, comenta lo incómodo que resultaba usar peluca en un clima tan caluroso, por lo que, cuando la decencia lo permitía, se sustituía por un *gorro* –en castellano, en el original– que no se quitaban ni en la iglesia.[140]

## PERSPECTIVAS DECIMONÓNICAS

Para un compatriota de Le Gentil, Félix Renouard de Sainte-Croix,[141] que escribió a principios del siglo XIX, su experiencia filipina no fue agradable: «la vida que llevan los españoles en Manila es triste, muy triste, y además, de una monotonía insoportable […], ni gacetas, ni noticias y absolutamente ninguna sociedad». Sorprende que, al tiempo, haga mención de la multitud de carruajes de paseo que había: «al menos, 1500, y 800 caballos de lujo». Cabe preguntarse si sus ocupantes no constituían «sociedad». Por último, según él, los propios españoles criticaban la legislación vigente por su excesiva «indulgencia» con los indígenas.

Un tercer francés, Paul de La Gironière,[142] que vivió veinte años en el archipiélago, aporta una perspectiva muy diferente. Para él, exis-

tía una enorme diferencia entre Intramuros, que califica de «ciudad de guerra», o ciudadela, «de aspecto monótono y triste», y el barrio de Binondo, ya entonces el corazón comercial, del que pinta una imagen idílica: «si es, por excelencia la ciudad de los placeres, del lujo y de la actividad, es también la ciudad de las intrigas amorosas y de las aventuras galantes». Se refiere a los sensuales bailes y a las frenéticas partidas de cartas, con elevadas apuestas, que allí se organizaban, algo muy alejado de la pacata imagen de Manila. Hasta menciona la gran fábrica de tabaco que allí había, como anticipándose a la *Carmen*, de Merimée.

Ya no es cuestión, desde luego, de los extintos galeones, que han sido sustituidos por un intenso movimiento: miles de piraguas y de «góndolas» surcan el río Pasig, que separa a la Manila antigua de los arrabales, y por lo que califica de Campos Elíseos filipinos transitan «magníficos carruajes, invariablemente enganchados a la d'Aumont», lo que era entonces el colmo de la elegancia.

El comercio empezaba a despuntar, mediante intercambios con China, Bombay, Singapur, Australia e incluso la peligrosa Joló. Pensaba La Gironière que la economía sería más boyante si España hubiese imitado a Holanda en sus colonias, poniendo «a la población indígena bajo un yugo opresor», pero «prefiere jugar el papel de soberano indulgente, de amo paternal y bienhechor».

No todos compartían la casi paradisíaca imagen del francés. Intramuros, donde vivían 10 000 personas, era, desde luego, un espacio lúgubre, «de aspecto sombrío, como si sus calles estuvieran compuestas de largos y viejos conventos de monjas», pero la vida social no resultaba más alegre; en las reuniones, «están a veces muchas personas juntas, sin saber de qué hablar, porque se lo tienen todo dicho». El tedio llevaba a una «superabundancia de chismografía», hasta el punto de que «es muy peligroso hablar con franqueza». Aun así, «en varias casas se divierten, de vez en cuando, muy de veras», lo que es un demoledor comentario.

Para colmo, no había cafés ni periódicos. Por lo que se refiere al teatro, «es una especie de almacén», donde semanalmente actuaba una compañía «de pobres gentes, que nunca han visto representar». En suma, «si se exceptúan los vestidos y los peinados, todo es anticuado y presenta el aspecto del mal tono».

El único alivio consistía en el paseo, en el que desfilaban muchos de los 2150 coches y entre 4000 y 5000 caballos que había en la ciudad. Se trataba de una buena ocasión para desplegar vanidades: «si se hubiese

de juzgar por las libreas, todo el mundo es noble». En la trasera, iba un lacayo, pebetero en mano, para dar fuego a los ocupantes cuando quisieran fumar. El carruaje, «es el primer mueble del que se proveen los que llegan a Manila», porque «andar a pie es cosa pobre, humilde, triste, degradante, indecorosa».

La rutina, que permaneció invariable durante siglos, consistía en un desayuno con chocolate o té; a las 10, almuerzo de dos o tres platos y postre; de las 14 a las 15, comida abundante, de «muchos platos», no menos de seis, seguida de una larga siesta, a medio vestir –por si un terremoto obligaba a salir precipitadamente– sobre una estera, sin colchón ni sábanas, bajo un mosquitero, con una almohada para la cabeza y otra llamada «abrazador», que se rodeaban con los brazos y las piernas, «costumbre cómoda y de origen chino». A las 5 de la tarde, se salía de paseo, hasta el *ángelus*, y a las 11 se cenaba, tras haber tomado en el intervalo un té con pan con mantequilla, bizcochos y dulces, caso de que no se hubiera ido de visita a una casa, lo que se hacía entre las 7 y las 9.

Las oficinas públicas permanecían abiertas de 9 a 13, y se acostumbraba tomar en ellas el almuerzo que traía un criado. El blanco era de rigor para los hombres, por lo que debían contar con chaquetas, chalecos, camisas y pantalones por docenas.[143]

Louis Reybaud,[144] en 1830, alababa «Luzón, el más bello diamante que encontraron los aventureros españoles»; la lástima era que «ha quedado en bruto entre sus manos». El palacio del gobernador le pareció, como a muchos viajeros, poco digno de sus elevadas funciones, pero únicamente él establece un curioso símil: «grave, triste, envejecido, desierto, una personificación de la vieja nobleza española». Solo respira cuando llega a Binondo: «¡Qué contraste! Filas de casas elegantes y limpias, un hormiguero de habitantes atareados, un muelle que se pierde en el horizonte, lleno de bultos venidos de todos los rincones del mundo». Según él, entonces Intramuros albergaba 8000 personas, frente a 140 000 de Binondo, aunque parece que se debe de referir al conjunto de los barrios del extrarradio. No vio una corrida de toros, pero sí una pelea de gallos, que describe con lujo de detalles, subrayando la pasión de los indígenas por ellos.

Laplace, unos años más tarde, no aporta mucho, aparte de aludir a las bellezas de Binondo y al «enjambre de carruajes», pero insiste en una de las plagas de Manila: «la tendencia a la calumnia y a la maldad».[145] Tan extendida estaba que «la muy española palabra chisme ha pasado al tagalo, y se emplea hoy frecuentemente en Filipinas».

En efecto, en el «clima de encierro, de tedio, de exasperación»[146] proporcionado por el melancólico Intramuros, florecían las rivalidades, que casi adquirían rasgos patológicos. Gobernadores se enfrentaron a Audiencias, por un lado, y a arzobispos, por otro; estos, a su vez, lo hacían con las órdenes religiosas, que rivalizaban entre sí, mientras que, como ya se ha dicho, el clero regular y el secular disputaban. Ni la disciplina militar quedaba al margen. Al distinguido general y gobernador que fue García Camba, el mando de artillería, cuerpo con el que estaba en conflicto, le pasó una factura de 67 pesos, 7 reales y 2 granos por la pólvora gastada en salvas, con motivo del fallecimiento de su esposa. La impertinencia llegó hasta Madrid, donde se dio la razón al viudo.[147]

Se tuvo incluso que emitir, al menos, y en la muy avanzada fecha de 1864, un real decreto para cortar «la discordia y el antagonismo» entre religiosos, con mención expresa de agustinos calzados y recoletos, al tiempo que se dictaban órdenes al respecto al capitán general.[148] La medida no hacía sino seguir una larga tradición. Ya en 1589, casi en los albores de la conquista, un jesuita aconsejaba al gobernador Dasmariñas: «con el obispo vaya Vuestra Señoría prevenido, pues ha de tragar mucho», añadiendo que «con los religiosos y clérigos […] también se necesita mucho tiento». Por cierto, aludía a algo inmutable en Filipinas: «algunos [españoles] quieren parecer más señores de lo que pide su calidad y grado».[149] Había cosas en el archipiélago que nunca cambiaron.

Evidentemente, esas fricciones,[150] que se tradujeron en obispos desterrados, gobernadores sancionados y excomulgados e incluso uno asesinado, afectaron de forma su seria a la gobernación y a la necesaria concordia entre las autoridades de las islas.

Jean Mallat, a mediados del siglo XIX, aporta un dato que confirma la claustrofobia de Intramuros: las puertas se cerraban desde las 11 de la noche a las 5 de la madrugada, aislándolo de los arrabales. Se convertía entonces en un desierto, poblado de «celos y maledicencias», solo animado por las voces de «alerta» de los centinelas. Ello contrastaba con la paulatina introducción de las modas de Europa; los bailes, en los que evolucionaban «hasta setenta mujeres, deslumbrantes en sedas chinas, diamantes de Borneo y perlas de Joló» y «el paseo encantador» de La Calzada, entre las fortificaciones y la bahía, al que ponía fin el toque del *ángelus*. En conjunto, su opinión no podía ser más positiva: «¡Ciudad encantadora!, […] ¡Oh, Manila, para ti será mi último pensamiento!».[151]

Robert Mac Micking,[152] durante su estancia entre 1848 y 1850, fue testigo de la creciente vida social, en torno a un Casino o Sociedad de Recreo, y confirma los comentarios de Mallat sobre la existencia de un teatro español, así como dos tagalos, en los que se representaban interminables piezas de moros y cristianos. Señala que, en cambio, ya no había corridas de toros. Respecto a actividades más intelectuales, indica que mientras vivió en la capital filipina conoció varios periódicos, pero que todos habían cerrado, menos el *Diario de Manila*, que subsistía, aunque sometido a una férrea censura. Bowring[153] también advirtió un progresivo refinamiento y una mayor actividad fuera de Intramuros, donde contó once iglesias, tres conventos, 363 viviendas privadas y 88 edificios públicos. Las modas parisinas se habían extendido y comparaba La Calzada con Hyde Park y con los Campos Elíseos, para concluir diciendo que «he oído decir que se describe la vida en Manila como insoportablemente monótona, [pero] en mi corta estancia me pareció llena de interés y de animación».

Anotó una de las curiosidades del archipiélago: «no recuerdo haber visto ninguna ventana con cristales en Filipinas». En efecto, las sustituían las denominadas «conchas», finas láminas de ese material, que tenían la ventaja de filtrar la luz del sol y de ser menos vulnerables a los temblores, y el inconveniente de que se ensuciaban con la lluvia y el polvo y daban un aspecto sombrío a las casas.

Al aristócrata Ferdinand Philippe d'Orleans le parecieron estas incómodas y oscuras, y, en general, extrajo una sensación algo menos positiva: «nada más monótono que la vida que se hace en Manila»; había, sí, algunas tertulias, pero centradas en torno al sempiterno cotilleo, por lo que, a esos efectos, era «una suerte que hubiese pocas». Bien es cierto que entre la visita de Bowring y la suya se había producido el asolador terremoto de 1863, que causó cuatrocientos muertos y dos mil heridos, y arrasó Intramuros, destruyendo, entre muchas otras obras, el puente que unía la ciudad con los alrededores. Hasta el gobernador tuvo que cambiar su derruido palacio por la quinta de recreo de Malacañang, que se convertiría, hasta hoy, en residencia oficial de la máxima autoridad.[154]

No obstante, un médico francés,[155] que había estado en Manila solo dos años antes del seísmo y que, por cierto, admiró el puente luego derrumbado, había criticado la mediocre calidad arquitectónica de los edificios civiles de Intramuros, incluido el palacio de gobierno; sus calles a cordel, sin pavimentar; la «tristeza aplastante» que se

desprendía de sus muros, y su «sombría apatía», solo rota cuando los habitantes salían al paseo vespertino por La Calzada. Aunque estuvo poco tiempo en Manila, se dio cuenta de que los dos grupos de españoles seglares que residían en la ciudad vieja estaban allí sin ningún ánimo de permanencia. Los funcionarios y militares «no piensan más que en volver a Europa»; los comerciantes, dedicados a negocios de poca monta, porque los importantes estaban en manos de británicos y norteamericanos, veían a Manila como «lugar de paso, que se apresuran a abandonar en cuanto hacen fortuna». Solo «el todopoderoso clero» parecía instalado definitivamente. A propósito, fustiga sin piedad a los religiosos indígenas, al tiempo que opina que «los frailes han hecho más por arrancar a los tagalos de su barbarie que todos los ejércitos españoles».

Como a los demás viajeros, le sorprendió el contraste entre el aire mortecino de Intramuros y la animación de los barrios exteriores, y recalca el movimiento en el Pasig, surcado por «buques europeos de tres mástiles, ligeras goletas de la colonia, paraos malasios, juncos chinos y pesadas falúas». Le impresionó, asimismo, la fábrica de tabaco de Tondo, aunque la de Cavite era aún mejor, con sus seis mil obreras, bien pagadas, y que parecían gozar de una situación superior a la de las empleadas en los grandes talleres de Europa.

Coincidió con la llegada de un nuevo gobernador general, sin duda, José Lemery, y describe minuciosamente la brillante y colorista recepción que se le tributó, comentando los «brillantes uniformes de los alabarderos, inmóviles como estatuas». Teniendo en cuenta su nacionalidad, llama la atención que, hablando de un baile oficial, celebrado con ese motivo, considere que los vestidos de las señoras no hubiesen desentonado en un salón parisino, y que todo le pareciera de «elegancia y buen tono».

Por esa época, aproximadamente, otro testigo,[156] casi de pasada, da una idea de la zozobra que suponía vivir en la capital del archipiélago. Dice que el teatro español que había en Binondo no pudo resistir los efectos de un terremoto anterior, en agosto de 1852. Por otra parte, ese año se construyó una plaza de toros, pero, a los pocos meses, la destruyó un temporal. Según él, Intramuros albergaba entonces a 25 000 personas, mientras 175 000 más vivían en los arrabales. Jagor, que quizá coincidió con él, encontró que la ciudad vieja tenía un «aspecto levítico», y que era «triste y calurosa». Además, «es muy pobre en diversiones; durante mi permanencia, no hubo funciones en ningún teatro español […], no había tampoco casinos, ni se encontraban libros que leer». Sin

duda, no le hablaron del terremoto que se acaba de mencionar. Respecto al Casino, parece que tuvo corta vida.

Respecto a la población peninsular, tras indicar que los funcionarios llegaban «faltos de toda preparación», señala que, aparte de estos y de los militares, el resto eran «aventureros […], personas que, viviendo fuera de su esfera, se dan tono de caballeros».[157]

Ramón González Fernández, en 1875,[158] confirma la desconfianza de las autoridades ante los textos impresos, lo que quizá explica la escasez que sufrió el alemán. Comenta, al respecto, la orden que había en el sentido de que cualquier viajero que llegara debía entregar en Aduanas los libros que llevara consigo. Tras ser inspeccionados por la censura, se le requisaban los considerados prohibidos, y se le devolvía el resto. Al margen de eso, Manila parecía entrar en una época de progreso; en ella, «hay elementos para satisfacer todos los caprichos de la gula y del buen gusto». Incluso se podía asistir a óperas italianas, pero, hasta 1874, sin coros femeninos, «pues no hay mujeres del país que quieran ser coristas». Menciona, también, diez fondas, cuatro cafés y dos teatros europeos, a los que había que añadir los existentes en los arrabales. En uno de los cafés, El Oriental, por 25 céntimos se podía degustar un almuerzo de ocho platos, fruta, dulce y café, aunque sin vino.

Asimismo, existía el Jockey Club –fundado en 1868–, que organizaba carreras de caballos, una academia de esgrima –establecida en 1873– y un picadero. En cuanto a los periódicos, habían renacido: se contaban tres, más una revista quincenal. La vida resultaba cara, pero reuniéndose en república, como solían hacer los oficiales y los funcionarios subalternos, se podía vivir con 35 pesos al mes, incluyendo los servicios de un criado, que cobraba 3, lo mismo que costaba lavar cien piezas de ropa o alquilar un carruaje por un día.

Cifra para entonces la población de Manila y sus alrededores en más de 300 000 habitantes. En su obra, un auténtico vademécum, describe las principales calles de Intramuros y de los arrabales de Binondo, Santa Cruz, Quiapo, San Miguel, Sampaloc, el Trozo, Tondo y el célebre Arroceros, aunque este formalmente pertenecía al pueblo de la Ermita. Incluye, también, dieciséis páginas con los nombres y tipo de actividad de los «comerciantes e industriales», y unas cien de anuncios, en los que se refleja el peso de las empresas extranjeras en Filipinas.

Francisco Cañamaque[159] rebajaba el entusiasmo de su compatriota sobre los teatros, que eran «de mala muerte», y tenían el grave inconveniente de carecer de cuartos de baño. Además, «no hay nada, en verdad, que sea tan cursi, tan ridículo, tan bufo, como la vida que hacen en Ma-

nila» los españoles; «¡Cuánta vanidad, cuanta pequeñez!». Se trataba, en efecto, de un mal antiguo, como las calumnias que forjaban los clientes de El Oriental –los llamados «orientalistas»– y la «chifladura» típica de Manila, de la que «no se escapan los españoles ya viejos en el país, y de la que están tocados la inmensa mayoría de los frailes, por la soledad y el aislamiento en que viven».

Le contradecía un francés más,[160] que quedó muy satisfecho de su paso por la ciudad, en la que estimaba que vivían 18 000 habitantes, más unos 250 000 en los barrios. Si bien reconocía que, aparte de las tertulias, «las distracciones son casi nulas», encontraba que en aquellas «reina la buena educación y la cordialidad», así como «desenvoltura y animación» en los bailes. Como alguno de sus antecesores, dejó constancia de la calidad de las bandas regimentales de las unidades indígenas, que amenizaban el paseo de los carruajes. Él oyó fragmentos de *Los Hugonotes*, de Meyerbeer, como De La Gravière se había extasiado treinta años antes con *Los Puritanos* de Bellini. En otro orden de cosas, destaca la actividad en Binondo, donde ya había tiendas de fotografía, y en el puerto, que compara con los de Londres y Marsella. No obstante, todavía se observaban las huellas del terremoto. Ignoraba que poco después de su estancia habría otro más, en julio de 1880.[161]

Alfred Marche[162] hace dos comentarios interesantes. Uno, que se había dado orden de cambiar las tejas tradicionales por techumbres de cinc, debido a los temblores. El otro, en referencia a los frailes y el castellano, que «estos señores […] no quieren que los indios hablen más lengua que la suya», y dice que, en su presencia, un religioso amonestó a un gobernadorcillo que le dio los buenos días en español, gritándole: «¡Animal, habla tu lengua!».

Manuel Scheidnagel, unos años después, aportaba la mala noticia del incendio del Español, el teatro de Arroceros, quedando en pie solo el llamado Circo Bilibid. Se mantenía, en cambio, la manía por los carruajes, que aumentaban sin cesar: había al menos cinco o seis mil particulares, más tres o cuatro mil de alquiler; eran «una de las cosas que más llaman la atención» del visitante.[163] Su gran momento era el paseo cotidiano, cuando los habitantes pudientes «de coche en coche se cambiaban en voz alta afectuosos saludos, y luego, en tono menor, se despellejan».[164] Parece que los vehículos se convirtieron en una obsesión, en «corriente de fatuidad que todo arrolla»; había personas «que primero dejan de comer, que sin librea al cochero», empeñándose grandes rivalidades por tan nimios asuntos.[165]

En efecto, «aquí todo es gente de coche», «abunda el oropel y la ficción», y era tal «la costumbre fatal de los chismes», que «hablar bien o con justicia de cualquiera, era un verdadero sacrificio».[166]

Las últimas imágenes de la Manila española no son del todo negativas. Las carreras de caballos se habían convertido en una moda, hasta el extremo de que, con ese motivo, casi se suspendían los negocios mientras tenían lugar las dos temporadas anuales, de tres días. Las presidía el gobernador, con sombrero de copa, levita negra y chaleco y pantalón blancos, con su inevitable fajín de general. Había llegado allí acompañado de su escolta de batidores de caballería, entre el repique de campanas que señalaban su paso. De estar ausente, le sustituía el arzobispo de la ciudad, en ocasiones fumando un gran habano. Asistían miles de personas, llevadas en hasta dos mil carruajes, y «una inmensa multitud». Otras diversiones eran partidas de tenis y regatas en el río.[167]

Se contaba, además, con tranvías tirados por caballos y, desde 1888, también con una línea a vapor. Desde 1884 existía un buen sistema de abastecimiento de agua potable; en 1892 se había fundado una compañía de electricidad, y funcionaba el servicio telefónico en Intramuros –que seguía «sin vida», con su «aspecto sombrío y monástico»– y los alrededores. Se contaba con buenos clubes y el Hotel de Oriente, en Binondo, que continuaba con su «gran actividad». Con 83 habitaciones en dos pisos y 25 caballos en sus cuadras, era «comparable a los mejores» de Asia. Aunque sometidos a la censura habitual, el número de periódicos se elevaba a cinco, además de la *Gaceta*.

Funcionaban varios teatros, pero ninguno bueno, y existía un grupo de actores españoles permanente. Como siempre, las representaciones de moros y cristianos o moro-moro, que duraban varios días, apasionaban a la población indígena, casi tanto como las peleas de gallos. Existía una plaza de toros en el extrarradio, pero las clases altas no asistían; «una corrida allí era una simple caricatura» de las de España.

Los carruajes proliferaban. Había cinco veces más que en tiempos de Bowring, unos treinta años atrás. Por la calle Real pasaban 950 al día; 5000 por la Escolta, la más célebre calle de Binondo, y 6000 cruzaban por el puente de España, construido en piedra, inaugurado en 1875 para sustituir al provisional de barcas instalado tras el terremoto de 1863.

En cuanto al número de habitantes, se estimaba que 16 000 en Intramuros y en torno a 330 000 en los alrededores,[168] mientras que para

calibrar la actividad económica de la ciudad, son muy útiles las quince páginas que aparecen en la *Guía de 1898*[169] bajo el título «Indicador comercial».

Para terminar con este resumen de testimonios, quizá sea apropiado presentar uno, poco conocido,[170] pero que plasma toda la pompa y circunstancia de la Filipinas española. Se trata del paseo vespertino del capitán general, muy a finales del siglo XIX. Este, «en charolado landó» y «con honores reales», salía de Malacañang. Vestía traje blanco, de hilo, sobre el que destacaba «la roja llamarada de su fajín», con entorchados de oro, y se cubría con «sombrero de fina paja de arroz». Junto a él, iba su esposa, «que lucía vestidos a la última moda europea». Al estribo del coche, cabalgaba el ayudante de servicio, identificado por sus gruesos cordones dorados; en vanguardia, «dos batidores tagalos, de imponente aspecto, jinetes en magníficos y bien enjaezados caballos»; cerraba la comitiva una escolta de lanceros.

Entre saludos de la multitud, a los que correspondía el general, descubriéndose, y su mujer, con el abanico, recorría la orilla del Pasig, a lo largo de los baluartes, en los que campeaban las Armas de España, mientras que las distintas guardias presentaban armas, y cornetas y tambores batían marcha. Luego, a trote corto, enfilaba la calle de la Escolta. Al terminar el recorrido, un lacayo se apeaba, encendía los farolillos del carruaje y, a galope, volvía a la residencia oficial, en cuyo «inmenso vestíbulo», esperaban, formados y hieráticos, los alabarderos, para saludarle con el golpe unánime del regatón de sus armas contra el suelo. Mientras, igual que se hacía en el palacio de Oriente, pífanos y tambores interpretaban la marcha real.

Existía otra cara de Manila, menos agradable que los paseos o las tiendas de Binondo. En ella había «abundantes focos de infección y mefíticos». El río Pasig, «de aguas turbias y cargadas de toda clase de sustancias en descomposición, atraviesa por medio de la ciudad, recipiente de todas sus inmundicias»; estaba, además, surcada por canales y esteros «adonde abocan las atarjeas, alcantarillas y sumideros, que sirven de vertedero». Todo ello contribuía a que, en ciertas épocas del año, hubiera una «atmósfera fétida e inaguantable». Poco había cambiado desde 1875, cuando se denunciaban «los fosos llenos de aguas excrementicias» y «las pocas y malas alcantarillas».[171]

Por otra parte, el suelo de la población era «de aluvión, legamoso», con el agua muy cerca de la superficie, «lo que coadyuva poderosamente a toda suerte de infecciones».

Si esa era la situación en el exterior, dentro de las viviendas no era mejor: «las casas carecen de excusados bien construidos», por lo que «el suelo queda impregnado y saturado todo él de materias fecales, transcendiendo muy posiblemente a los pozos, a los aljibes» y a los conductos de agua potable «establecidos recientemente», como ya se dicho.

Dos refranes plasmaban el sentir de los habitantes europeos. Uno describía el clima como «cuatro meses de polvo, cuatro de lodo, y cuatro de todo». El segundo señalaba que «el que pasa de mayo, pasa todo el año», debido a que ese mes era el más mortífero, y, además, se prodigaban los temblores y había un «ambiente irrespirable», por lo cargado. Para intentar defenderse del clima y sus asechanzas, la vida de muchos españoles «de viso y bien acomodados», transcurría entre la cama, la butaca y el carruaje, a fin de evitar todo esfuerzo, que consideraban nocivo, con largas siestas y abundantes baños, desoyendo la opinión de algunos médicos.

Solo se libraba del ambiente insalubre el pueblo de la Ermita, verdadero sanatorio al que se acogían los convalecientes, ya que el resto de la capital y de su entorno «está extraordinariamente cargado de detritus orgánicos» y de «elementos tífico y malárico».[172]

Quizá se podría concluir que en la famosa Perla del Oriente no todo era nácar.

## UN BALANCE

Naturalmente, resulta muy difícil establecer una comparación entre el debe y el haber de la presencia española en Filipinas durante más de trescientos años. Pero lo que resulta indudable es que cualquier intento debe hacerse desde la perspectiva de la época, no partiendo de los valores actuales. Por definición, todos los imperios nacen de la violencia, y se mantienen mediante el ejercicio o la amenaza de la misma; también, comparten un sentimiento de superioridad racial o nacional sobre las sociedades sometidas. Subyace, asimismo, en ellos un afán explotador; ninguno se establece por móviles altruistas. Serían, pues, condenables, sin paliativos.

Pero quizá resultaría más apropiado, y más justo, juzgarlos en su contexto ético y temporal. Entonces, puede esbozarse una imagen más matizada.

Por lo que se refiere a Filipinas, en concreto, algunos testimonios del pasado ayudan a aportar esa visión diferente, subjetiva, desde luego,

pero que tienen el mérito de reflejar la mentalidad de la época en las que se emitieron.

Es interesante el énfasis que ponen en destacar algo esencial: una relativa ausencia de barreras raciales, para los criterios entonces vigentes. El británico John Crawfurd, en 1820, y con nueve años de experiencia en la región, tras señalar que el Gobierno español era «uno de los peores de Europa», estima, sin embargo, que en Filipinas ha sido «el menos perjudicial para la prosperidad de los habitantes nativos»; «los españoles se mezclan con los indígenas y viven familiarmente con ellos». De toda la zona de la que habla, lo que llama «el Archipiélago indio», formado por Filipinas, Indonesia y Malasia, «solo las Filipinas han mejorado en estado de civilización, riqueza y número de pobladores». Destaca, también, el «apego» –«attachment», en el original– a España demostrado por estos. Cuando los ingleses tomaron Manila, el resto del territorio siguió básicamente leal a la metrópoli, cuando en casos similares en otras colonias, se había producido un colapso general.[173]

El francés Louis Reybaud, diez años después, afirma que «los obstáculos para una fusión completa con que se ha tropezado en el continente asiático no existen en Filipinas». Comenta que, en el paseo, en Manila, se cruzan «*hidalgos* [en español, en el original] […] criollos, mestizos y hasta tagalos y chinos ricos».[174] Hoy parecería algo normal, pero no lo era a principios del siglo XIX; de ahí que se destaque. Wilkes,[175] un marino estadounidense, señala, por su lado que «en ningún lugar de estas islas se aprecian los sentimientos que nacen de una conquista; ahora, las dos razas comparten usos, costumbres y religión», «los nativos están amalgamados con los españoles».

Otro inglés, *sir* John Bowring, con su experiencia como gobernador de Hong Kong, comenta en 1859 que, en el archipiélago, «las líneas de separación entre categorías y clases son menos marcadas y menos infranqueables que en la mayor parte de las ciudades de Oriente», lo que califica de «admirable» contraste con el abismo entre castas, «gran maldición social» de otros países. Le llama asimismo la atención que «he visto sentados en la misma mesa a españoles, mestizos e indios»,[176] de nuevo algo que no era evidente ciento cincuenta años atrás.

El alemán Fedor Jagor dirá que en Filipinas «todo contribuye a aproximar ambas razas», la europea y la asiática, y que la «desdeñosa altanería inglesa» es algo «desconocido».[177] A fines del siglo XIX, el

estadounidense Foreman señala que «la sociedad estaba menos dividida que en las colonias británicas de Asia […], no había la misma rígida separación»; «muchos españoles de las mejores familias intercambiaban visitas con mestizos y, a veces, con nativos ricos». Ello en una sociedad, por lo que a Manila se refiere, en la que se codeaba un 68 % de indios, 16,65 de mestizos de chinos, 12,25 de chinos, 1,65 de españoles y criollos, 1,30 de mestizos de españoles y 0,15 de otros extranjeros.[178]

Apenas iniciado el siglo XX, el también norteamericano Sawyer, tras catorce años de residencia en las islas, afirma que «las autoridades españolas y los nativos tenían muy buenas relaciones […], dudo que en ninguna colonia del mundo hubiera tanto trato entre los gobernantes y los nativos, ciertamente no en ninguna colonia británica»; «ninguna distinción de castas levantaba barreras entre ellos».[179]

Parece que son suficientes opiniones concordantes como para tomarlas en consideración. En general, se atribuye el fenómeno, en primer lugar, a la religión católica y a sus principios igualitarios. También, al «discreto, pero profundo, proceso de diplomacia transaccional»[180] que marcó el principio de la presencia española, muy diferente a lo que sucedió en América, al sistema de constante negociación y compromiso, de una «razonablemente democrática administración colonial».[181]

Otro factor consistía en el carácter «patriarcal»[182] de la legislación española, inspirada en unas Leyes de Indias «casi mimosas».[183] Tanto, que se criticaban: España era «una madre demasiado indulgente y débil», y «se han hecho las leyes en Filipinas solo en interés de los indígenas».[184] La metrópoli, «solo pide al tagalo que sea católico y sumiso; con esas condiciones, le deja vivir libre y tranquilo».[185]

La conclusión era que se preguntase: «¿qué colonia británica, francesa u holandesa, habitada por nativos, se puede comparar con las Filipinas de 1895?»,[186] y que se afirmase que «difícil sería hallar una colonia cuyos habitantes vivan tan a gusto como los filipinos»,[187] ya que la población se sentía «feliz y libre», debido a que la metrópoli, «más que ninguna otra potencia colonial en Asia, se ha dedicado a mejorar la condición social y material de los habitantes».[188]

Desde luego, había límites, y el archipiélago distaba de ser un mundo ideal. El propio Cánovas reconoció que durante trescientos años había estado gobernado por «una especie de sistema feudal, a la vez militar y teocrático»,[189] y llegó a asestar en el Congreso que, a diferencia del cubano, «el filipino no es un ciudadano español»,[190]

con todo lo que ello implicaba. El gobernador de Pangasinán lo había dejado muy claro, por esas mismas fechas, cuando comunicaba a sus administrados que había visto «con la mayor extrañeza» que «los indígenas no saludan a los españoles peninsulares que se encuentran en la vía pública». Ante tamaña «falta de respeto» y muestra de «ingratitud», decretó que «todo indio, sea cualquiera su clase y condición […] se descubrirá al paso de todos los españoles peninsulares». Si no lo hicieran, serían multados con cinco pesos, y, de ser impecunes, con un periodo de «trabajos públicos».[191]

No obstante, y con indiscutibles limitaciones, «lo más relevante» del legado español y de «la modernidad de Filipinas a fines del siglo XIX» fue «la formación de la primera burguesía nacionalista del Sudeste asiático», surgida del aumento de las exportaciones y sustentada por «un esfuerzo sincero por mejorar la calidad de la enseñanza».[192] En efecto, desde 1840 se produjo un «despegue económico vertiginoso, resultado de una nueva economía, basada en una explotación racional de los recursos agrícolas»,[193] destinada a los mercados internacionales. Esa bonanza, con un incremento del 600 % de las exportaciones entre 1841 y 1890[194] y una diversificación de las mismas, favoreció en especial a los mestizos de sangley, debido a que la mayoría de los comerciantes –españoles, chinos, norteamericanos o británicos– de Manila se mantuvieron distantes de ese modelo de negocio.[195] Por otro lado, y merced a la reforma municipal de Maura, los «grandes contribuyentes» se incorporaron a la principalía, como se llamaba a los gobiernos locales, ganando así un cierto espacio político.[196]

En paralelo, surgió una «clase ilustrada»,[197] fruto de un sistema educativo que, con imperfecciones y dificultades, en vísperas del término de la presencia española, reunía a cerca de 200 000 niños y niñas en más de 2000 escuelas; 1784 estudiantes de segunda enseñanza; 1583 en la Universidad de Santo Tomás, casi 2000 en «escuelas profesionales y prácticas» y por encima de 500 en las de maestros, que ya habían diplomado a 230 profesores.[198]

En suma, cuando se produjo el movimiento independentista, las Filipinas «estaban mucho más avanzadas que otras colonias europeas»,[199] eran «un territorio rentable y autosuficiente, con un gran porvenir y muchas expectativas ante su futuro»,[200] «el mercado que viene».[201] El país «marcha a pasos agigantados en la senda del progreso», pero los más lúcidos ya entreveían que estaba «muy próximo a la resbaladiza pendiente», que podía desembocar en «graves conflictos, funestos».[202]

Resulta paradójico que fuese esa clase selecta, formada por España, la que encabezara el alzamiento contra ella, el primer movimiento anticolonialista de Asia, pero también era, en un tributo a la madurez política de los implicados,[203] y, al tiempo, a las bondades de un sistema, por muy imperfecto que fuera. En verdad, «los ilustrados filipinos, es decir, Rizal y sus contemporáneos, [fueron] el mejor fruto de la política colonial española».[204]

En todo caso, ahí quedó la obra plurisecular y su huella, que ha pervivido tras más de cien años de intentos por borrarla. Como se ha escrito, con alguna grandilocuencia, pero no sin motivo, «pereciera España […], y hasta se olvidara el eco de su nombre […], y allí quedaría, sin embargo, el archipiélago filipino»[205] con su impronta hispánica.

---

## NOTAS

1. Barrero García, A. M., 1993, 62. Véase también Rumeu de Armas, A., 1992 y Primo Abad, M., 2014, 25-44.
2. Elizalde Pérez-Grueso, M.ª. D. (ed.), 2009.
3. Elizalde Pérez-Grueso, M.ª. D., 2008, 117-134.
4. Ollé, M., 2002. Véase también Ollé, M., 2000.
5. Retana, W. E., 1895-1905, vol. II, 1-75, con una reproducción del documento.
6. Greindl, L., 1960.
7. Sainte-Croix, F. R. de, 1810, vol. II, 526.
8. *Gaceta de Madrid* de esa fecha.
9. Morga, A. de., 1997, 322-325.
10. Jaque de los Ríos, M., 2008, 63-64.
11. Chanu, P., 1951, 455.
12. El término es de Guillaume Gaudin, en su interesante artículo Gaudin, G., 2017, 135-149.
13. Hidalgo Nuchera, P., 2017, 92.
14. Elizalde Pérez-Grueso, M.ª. D., julio-diciembre de 2013, 194.
15. *Vid*., por ejemplo, Saco, J. A., 1837, 3.
16. Ortiz de la Tabla Ducasse, J., 1974, 240-242.
17. Zaragoza, J., 1876, vol. I, 357-385 para la descripción del viaje desde la isla del Espíritu Santo, en lo que serían luego las Nuevas Hébridas.
18. Cubero, P., 1680, 306-338.
19. Gemelli, G. F., 1700, parte V, 255-353.
20. Costa, H. de la, 1967, 230-231.
21. García del Canto, A., 1862, 125-146.
22. *Ibid*., 147-164.
23. Moya, F. J., 1883.
24. Saénz de Urraca, A., 1889, 47 y 195, respectivamente.

25. Nieto Aguilar, J., 1893, 325-362 para esos viajes, incluyendo los de vela.
26. Cánovas, M., 1859, 39.
27. de la Grandière, A. B., 1869, 199. Estuvo en Filipinas en 1861.
28. Comyn, T. de, 1878.
29. Planter, A., 1892, 48-91.
30. Saura y Coronas, P., 1890.
31. Cabeza, A., 15 de julio de 1892, 213-214. El título del artículo es elocuente.
32. Cabeza, A., 1 de agosto de 1892, 229.
33. Planter, A., 15 de febrero de 1893, 51-54.
34. Planter, A., 15 de febrero de 1893b, 17-23.
35. Slocker, M., 1 de septiembre de 1895/1 de noviembre de 1896.
36. García-Abásolo, A., 2011, 71-78. Para un caso concreto, García-Abásolo, A., 2008, vol. I, 258-284.
37. Barrantes, V., 1869, nota pág. 50.
38. Porras Camúñez, J. L., 1998, 24, carta del gobernador Sande a Felipe II, sin cita de fecha.
39. Figura en anejo de un escrito de fray Domingo de Salazar al presidente del Consejo de Indias, que parece ser de diciembre de 1588, publicado en *Cartas de Indias*, 1877, 639-648.
40. Se pagaban 146 700 tributos por otras tantas unidades familiares, que se estimaban en cuatro personas de media.
41. Instrucciones de Felipe III al gobernador Pedro Bravo de Acuña, Valladolid, 16 de febrero de 1602, citadas en Alonso Álvarez, L., 2009, 90.
42. García-Abásolo, A., 2015, 1855, citando un escrito del regidor Silvestre de Aybar al rey, Manila, 24 de noviembre de 1616.
43. Para sus avatares, *vid*. Pastells, P. (ed.), 1900-1904, 681-682, «Información sobre la gente que mandó llevar a Filipinas el maestre de campo Diego Rodríguez (sic) de Peñalosa».
44. Datos extraídos de los siguientes trabajos: García-Abásolo, A., 1997; García-Abásolo, A., 1997b; García-Abásolo, A., 2002, 21-36 y García-Abásolo, A., 2007, 133-151.
45. Morga, A. de., *op. cit*., notas de la edición de Wenceslao Emilio Retana de 1909, incluidas en esa edición, 193.
46. Bankoff, G., 1991, 443-457.
47. Morga, A. de., *op. cit*., apéndice de Wenceslao Emilio Retana a su edición de 1909, 524.
48. Busquets Alemany, A., 2013, 26, citando a Riccio, V., 1677.
49. Mas, S. de, 1843, vol. II, 197-198.
50. Dasmariñas a Felipe II, recogido en Alonso Álvarez, L., 2001, vol. I, nota en pág. 191.
51. Ruiz, J. M.ª, 1887, 284-285.
52. Delgado Ribas, J. M., 2006, 52.
53. Cañamaque, F., 1877, 241-244.
54. Sastrón, M., 1897, *passim*.
55. Díaz Arenas, R., 1850, datos de su 5.º cuaderno (se trata de una obra sin numeración consecutiva, como también es el caso de la de Mas).
56. Mas, S. de, *op. cit*., vol. I, 138 de la sección relativa a población. La referencia a «indios», en 62.
57. *Ibid*., 291-300.
58. Barrantes, V., *op. cit*., 145-146.

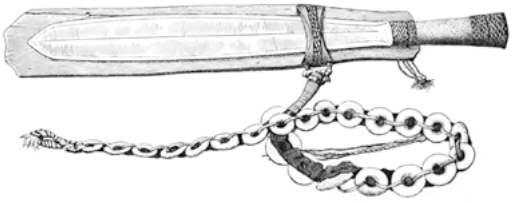
59. Jimeno Agius, J., 1884, 11.
60. *Censo de la población de las Islas Filipinas perteneciente al año 1876*, Manila, 1876, *passim*.
61. Moya, F. J., 1882, 471-483.
62. *Censo de la población de España, según el empadronamiento hecho en 31 de diciembre de 1877*, Madrid, 1883, vol. I, 744.
63. *Guía Oficial de las Islas Filipinas para 1898*, 1898, 203-207. Se han redondeado las cifras.
64. Sawyer, F. H., 1900, 19.
65. Moya, F. J., 1882b, 127.
66. Feced, P., 1898, para la primera cita. Para las siguientes, Feced, P., 13 de febrero de 1887. Este último mereció una fulminante respuesta de Graciano López y Jaena, en el mismo periódico, del 16, en el que se protestaba por «las injurias e injustas agresiones». Para este incidente, *vid*. Sánchez Gómez, L. Á., 1998, 309-321.
67. Blanco Herrero, M., 1888, 427.
68. Blumentritt, F., primer semestre de 1890, 7-42. El mismo artículo apareció en la *Revista de Geografía Comercial*, n.os 79 y 80, marzo-abril de 1890, 361-373.
69. Cano Borrego, P. D., 2016, 213-242.
70. *Los chinos en Filipinas*, 19.
71. Salazar, fray D., 1896, 64-70.
72. Laufer, B., 1908, 278.
73. Rodríguez Maldonado, M., 1606, Ruiz Stove, G., septiembre-diciembre 2009, 47-63 y Borao, J. E., 1998, 22-39.
74. Montero y Vidal, J., 1886, 151.
75. Ollé, M., 2006, 40. Del mismo autor, Ollé, M., 2008, 61-90.
76. *Los chinos en Filipinas*, *op. cit.*, 5 y 31, respectivamente. Por supuesto, aquí «tren» significa un carruaje con su correspondiente tiro.
77. Blanco Herrero, M., *op. cit.*, 142.
78. Elizalde Pérez-Grueso, M.ª. D., 2008b, 101-11.
79. Comenge Cuesta, R., 1894, 416, 239 y 365, respectivamente.
80. *Vid.* el muy interesante trabajo de Laufer, B., *op. cit*., basado en los anales de la dinastía Ming, 249 y 270.
81. Wickberg, E., marzo de 1964, 62-100 y Chu, R. T., 2010, *passim*.
82. García de los Arcos, M.ª F., 1999, 70.
83. Tan, A. S., 1986, 141-162.
84. García de los Arcos, M.ª F., 2000, vol. I, 65.
85. Inarejos, J. A., 2015, 548.
86. *Vid*., por ejemplo, *Memoria correspondiente a la sección 8ª de la Exposición General de las Islas Filipinas en Madrid*, 1887, 288.
87. Entre ellos, Cavada, A. de la, 1876, vol. II, 395.
88. García de los Arcos, M.ª F., 1999, 65-66.
89. *Memoria correspondiente a la sección 8ª de la Exposición General de las Islas Filipinas en Madrid*, 1887, 289-290.
90. Pazos y Vela-Hidalgo, P. A., 1888, 239-240.
91. Cañamaque, F., *op. cit*., 204.
92. Canga-Argüelles, F., 1888, 217.
93. Pirala, A., 1895, vol. VI, 418.
94. En realidad, el vol. III de su obra, Mas, S. de, 1843, 2-11. Sobre ella, *vid*. Fradera, J. M., 2009, 121-141.

95. Sawyer, F. H., *op. cit.*, 292-293.
96. Tremml-Werner, B., 2015, 278-282.
97. Gracián, B., 1664, segunda parte, «Armería del Valor», 234. En la distribución de las diferentes partes del Valor, atribuye el corazón a los «japones», como se les llamaba.
98. Datos extraídos de Cavada, A. de la, *op. cit.*, vol. I, 344 y 346, para los habitantes por vivienda y los agricultores en Luzón, respectivamente, y vol. II, 395 para el tipo de habitación en todo el archipiélago. Aunque no se especifica, se supone que los datos corresponden a la época en que se publicó la obra.
99. Costa, H. de la, 1954, 207. Como su título indica, el artículo es esencial para el conflicto órdenes-jerarquía eclesiástica ya mencionado.
100. Concas y Palau, V. M.ª, marzo de 1884, 153-182.
101. Elizalde Pérez-Grueso, M.ª. D. y Huetz de Lemps, X., 2015, 193 y 195, para las dos citas.
102. Díaz Moreu, E., 1888, 6.
103. Mas, S. de, *op. cit.*, vol. III, 18 y 40, respectivamente.
104. «Un español peninsular», en realidad, Giraudier, B., 1888, 15, para las citas y esa valoración.
105. Pirala, A., 1876, vol. II, 389.
106. Agudo, G. y Mayordomo, C., 1863, 13. El título habla por sí mismo.
107. Inarejos, J. A., 2015b, en especial 7-37 y 93-103 e Inarejos, J. A., primavera de 2015, 24-35.
108. Mas, S. de, *op. cit.*, vol. III, 36 y 45**.** Para una relación de abusos relativamente temprana –de 1657–, *vid*. el texto del *Discurso Parenético*, de Salvador Gómez de Espinosa, reproducido en Cummins, J. S. y Cushner, N. P., 1974, 117-203.
109. *Ibid*., 40-45. La relación de agravios en el texto es aún más larga.
110. Retana, W. E., 1891, 47. Más tarde, abjuraría de posiciones ultramontanas.
111. Feced, P., 1898, 66-67.
112. *Vid*., por ejemplo, García-Abásolo, A., 1997c, 363-364, concretamente.
113. Delgado Ribas, J. M., 2009, 233-252.
114. *Ibid*., 54.
115. Además de las obras clásicas de José Rizal, como *Noli me tangere* y *El filibusterismo*, *vid*., Pilar Gat-Maytan, M. H. del, 1888 y Pilar, M. H. del, 1889.
116. Rodríguez Rodríguez, I., 1997, 778-790.
117. San Ignacio, V., 2001, vol. I, 381-394.
118. Cavada, A. de la, *op. cit*., vol. I, 353.
119. Camps, F. J., 2004, vol. II, 251-284.
120. Elizalde Pérez-Grueso, M.ª. D. y Huetz de Lemps, X., septiembre de 2014, 53-74.
121. Pardo de Tavera, T. H., 1899, 8-41. El documento tiene fecha de 12 de abril de 1768.
122. Francisco Leandro de Viana, *Demostraciones de lo que contribuyen a S.M. los naturales de aquellas islas, de los que gasta en su Administración espiritual…* Manuscrito, sin paginar, Biblioteca Nacional de España, encuadernado con el título *Escritos al marqués de Grimaldo*. El informe es de 10 de julio de 1766. Se calculaba que el número de tributos enteros era de 200 000, de ellos solo 18 000 de encomenderos. El autor del texto redondeó algunas de las cifras.

123. Schumacher, J. N., 2003, 7.
124. Martínez Cuesta, A., 1998, 125-143.
125. Blanco Andrés, R., julio-diciembre de 2011, 747-782. Véase también, del propio Pedro Peláez, Peláez, P., 1863, obra en la que defiende sus puntos de vista.
126. Tanto los acontecimientos relacionados con Apolinario de la Cruz como la sublevación de Cavite se tratan en un capítulo posterior.
127. Martínez Cuesta, A., *op. cit.*, 127 y cuadro en 128.
128. Millán y Villanueva, C., 1897, 43.
129. Sawyer, F. H., *op. cit.*, citas del Prólogo y 385-386.
130. Arcila, J. S., 2009, 253.
131. El observatorio montado por los jesuitas en Manila alcanzó reputación internacional.
132. Algué, padre J. (dir.), 1900.
133. Greindl, L., *op. cit.*, 362, carta de Julius Greindl a Eugéne Beyens, Madrid 20 de diciembre de 1875. Se ha alterado ligeramente el orden de las frases; la cursiva, en el original.
134. Sawyer, F. H., *op. cit.*, 385-386.
135. *Vid.*, para el primer periodo del dominio español, la obra clásica Díaz-Trechuelo Spínola, M.ª L., 1959, 1-285.
136. Carta de 30 de julio de 1599, reproducida en la Introducción de Wenceslao Emilio Retana a su edición de 1900 a la obra de Morga, A. de., *op. cit.*, 417. Las otras citas, de la pluma del propio Morga, pág. 249.
137. Cubero, P., *op. cit.*, 315-316.
138. Gemelli, G. F., *op. cit.*, 17-29.
139. Scheidnagel, M., 1888. Dedica un capítulo a «los chiflados», en 110-113.
140. Le Gentil, G., 1781, vol. II. Dedica las primeras 230 páginas a describir Manila y las Filipinas.
141. Sainte-Croix, F. R. de, *op. cit.*, vol. II, 194-197 y 179, respectivamente.
142. La Gironière, P. de, 1851, 47-60 sobre Manila y sus alrededores; 439 y siguientes sobre el comercio y sus opiniones respecto al sistema español. El autor vivió allí entre 1820 y 1840.
143. Mas, S. de, *op. cit.*, vol. II, 1-12, del capítulo «División territorial».
144. Reybaud, L., 1853, vol. I, 260-267.
145. Laplace, C., 1883, vol. I, 353-455. Estuvo en 1830.
146. García de los Arcos, M.ª F., 1999, *op. cit.*, 67 para ambas citas.
147. García Camba, A., 1839, 32 y ss. La decisión del Gobierno, en el documento n.º 14.
148. Pirala, A., 1895, vol. II, 464-466. El real decreto es de 24 de diciembre.
149. Colín, F., 1663, vol. I, 257-259.
150. *Vid.* sendos ejemplos en Sales Colin, O., septiembre-diciembre 2005, 419-450 y González Alonso, N., 2012, en especial 207-209.
151. Mallat, J., 1846, dos volúmenes, *passim*.
152. Mac Micking, R., 1851, en especial 198-210 para las diversiones y 202-207 para los periódicos.
153. Bowring, *sir* J., 1859, 12-14.
154. d'Orleans, duque de Alençon, F. Ph. M., 1870, 38-42 sobre los efectos causados por el terremoto y lo muy poco que se había hecho en materia de reconstrucción, y 51-53 para sus siguientes comentarios. Estuvo en Filipinas en 1866.
155. de la Grandière, A. B., *op. cit.*, 200-231. Ya se ha dicho que visitó Manila en 1861.

156. Cánovas, M., *op. cit.*, 44-52.
157. Jagor, F., 1875, 20-30. Se refiere al periodo 1859-1860.
158. González Fernández, R., 1875, 99-115. Tuvo tanto éxito que en 1877 se publicó una segunda edición, con el título de *Anuario filipino para 1877* (*vid*. Bibliografía).
159. Cañamaque, F., *op. cit*. La alusión a los teatros, en vol. II (Madrid 1879), 152. Las demás, en vol. I, 228-237.
160. Montano, J., 1886, 35-105. Estuvo entre 1879 y 1880.
161. *Vid*. *Diario de Manila*, *Los terremotos de Filipinas en julio de 1880*, Manila 1880 y Ruiz Gutiérrez, A., 2005, vol. II, 993-1000.
162. Marche, A., 1887, pero habla de 1879-1885., 37 y 105-106.
163. Scheidnagel, M., 1880, 19.
164. Valls y Merino, M., 1895, 285. Llegó en 1882.
165. Ximénez, X., 1887, 19-20 y 139-141.
166. Scheidnagel, M., 1888, 81.
167. Sawyer, F. H., *op. cit.*, 173-191.
168. Foreman, J., 1906, 344-361.
169. Bowring, *sir* J., *op. cit.*, 1129-1144.
170. Peña Onetti, L. de la, 1959, 15 y 16.
171. González Fernández, R., *op. cit.*, 146-147.
172. Hemos seguido a Saura y Coronas, P., *op. cit*. Como ya se indicó, el texto no está paginado.
173. Crawfurd, J., 1820, vol. III, 447-449 y 477-480.
174. Reybaud, L., *op. cit.*, vol. I, 263 y 267, respectivamente. Estuvo en Filipinas en 1830.
175. Wilkes, Ch., 1856, vol. V, 281-282. Estuvo en Filipinas en 1842.
176. Bowring, *sir* J., *op. cit.*, 18-19.
177. Jagor, F.,, *op. cit.*, 30.
178. Foreman, J., *op. cit.*, 1906. La primera edición es de 1890.
179. Sawyer, F. H., *op. cit.*, 12-13.
180. Gerona, D. M., 2001, 265-276.
181. Tremml-Werner, B., *op. cit.*, 103.
182. Sawyer, F. H., *op., cit*.
183. Jagor, F.,, *op. cit.*, 33.
184. de la Gravière, E. J., julio de 1852, 244 y 265, respectivamente. Estuvo en Filipinas en 1848.
185. de La Grandière, A. B., *op. cit.*, 214.
186. Sawyer, F. H., *op. cit.*, VIII del Prefacio.
187. Jagor, F., *op. cit.*, 30.
188. d'Orleans, duque de Alençon, F. Ph. M., *op. cit.*, 146.
189. Benoist, Ch., 1887.
190. *Diario del Congreso*, de 7 de julio de 1891.
191. Bando de 29 de mayo de 1891, del gobernador de Pangasinán, reproducido, con comentarios indignados, por el periódico *El Día*, de 11 de agosto de 1891.
192. Delgado Ribas, J. M., 2001, vol. I, 105-117.
193. Cabrero Fernández, L., 1991, 195.
194. Delgado Ribas, J. M., 2009, 19. Lo mismo sucedió con las importaciones, como resultado del crecimiento de la economía.
195. Owen, N. G., 2001, 133-147.
196. Inarejos, J. A., 2015, 33.

197. Elizalde Pérez-Grueso, M.ª D., 1998, 314.
198. Algunos Padres de la Compañía de Jesús, *El archipiélago filipino, colección de datos*, Washington, 1900, vol. I, 342-353. La obra se terminó el 25 de diciembre de 1899.
199. Huetz de Lemps, X., 2009, 143.
200. Elizalde Pérez-Grueso, M.ª D., 1998, 313.
201. Balaguer, V., 1895, 31.
202. Nieto Aguilar, J., enero de 1894, 147 y 152, respectivamente.
203. Ortiz Armengol, P., 2000, 336.
204. Arcila, J. S., *op. cit.*, 254.
205. Balaguer, V., *op. cit.*, 54.



Durante más de tres siglos, el Ejército y la Armada de España mantuvieron una ardua lucha contra unos enemigos audaces e irreductibles, los moros de Filipinas, concentrados principalmente en las islas de Mindanao y de Joló. Fue una guerra despiadada, durante la cual, hasta sus últimas etapas, ni se concedía ni se recibía cuartel. Sus escenarios fueron mares inclementes y traidores, sembrados de arrecifes coralinos y de bancos de arena, en los que la simple navegación ya era una hazaña, más aún cuando estaban infestados de embarcaciones hostiles, cargadas de tripulaciones dispuestas, en caso preciso, a luchar hasta la muerte. Se combatió también en junglas impenetrables, bajo un sol abrasador, sembradas de trampas y plagadas de enfermedades letales, que diezmaban a las tropas con más saña que los krises y las balas. Normalmente, el colofón de los enfrentamientos era el ataque a cottas o fuertes, erizadas de lantacas y de fanáticos defensores, casi invulnerables a la artillería, con el asalto a pecho descubierto como única táctica posible, trepando por escalas o agarrándose a las anfractuosidades, bajo una lluvia de proyectiles, para llegar al ansiado, y a la vez, temido cuerpo a cuerpo.

El prestigioso historiador Julio Albi de la Cuesta, autor de clásicos como *De Pavía a Rocroi*, *Banderas olvidadas* o *¡Españoles, a Marruecos!*, nos presenta la primera historia completa de una guerra secular y encarnizada que solo hallaría el fin con la invasión estadounidense del archipiélago. Ni españoles ni moros, como dignos enemigos, realmente llegaron a envainar las espadas. Así, inconciliables adversarios llegaron a compartir rival, un broche paradójico, pero, de alguna manera, apropiado para tan larga y empeñada lid.

ISBN: 978-84-123239-6-2
9 788412 323962
P.V.P.: 27,95 €

HISTORIA
DE ESPAÑA